CONQUISTA ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

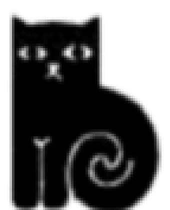
FUTURO

NUNCA VAYAS A MARTE

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

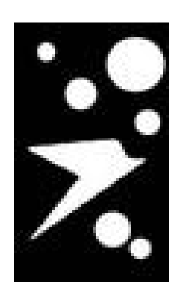
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

673 - *Emigración al terror*. A. Thorkent
674 - *Napo, el robot*. Joseph Lewis
675 - *El enigma de la isla flotante.* Kelltom McIntire
676 - *Alternativa Planeta Tres*. Ralph Barby
677 - *El experimento del profesor DeLucca.* Kelltom McIntire

Lou Carrigan

Nunca vayas a Marte

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.°
678
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA —BOGOTA —BUENOS AIRES —CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-8
Depósito legal: B. 23.128 – 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: diciembre 1983
1.ª edición en América: junio, 1984

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

—Debes estar bromeando —dijo Rachel.

—Desde luego que no —masculló Adam Kinkaid, frunciendo hoscamente el ceño—. ¿Por qué supones eso?

—En general eres serio, pero de cuando en cuando te dejas caer con ocurrencias realmente chocantes, admítelo.

—Simple sentido del humor —asintió Adam—. Pero una cosa es tener sentido del humor en momentos oportunos y otra cosa es pasarse la vida bromeando. Yo soy de los primeros.

—Pues quizás éste sea uno de tus momentos de exhibición del sentido del humor.

Adam frunció todavía más el ceño, se puso en pie y apuntó con un dedo a Rachel Sanders, la directora de la N. Y. Videopress Incorporated, una de las más prestigiosas cadenas de periodismo domiciliario.

—Escucha, si no quieres financiar la expedición dilo y en paz, pero no pretendas escudarte en mi sentido del humor. Es simple tacañería por tu parte, y se acabó.

—Yo no puedo disponer así como así de todo lo que estás pidiendo. Y lo sabes perfectamente. Soy la directora, no la propietaria de la Videopress.

—La madre que os parió a todos... ¿Es que en el año 2029 todavía me vais a salir con ésas?

—Este es un órgano informador-conservador —recordó Rachel, comenzando a ponerse nerviosa.

—¡Conservador! ¿Cuántos años tienes?

—¿Yo? ¿Y qué tiene eso que ver con tus exigencias?

—Yo no estoy exigiendo nada. Sólo te digo que si la Videopress no me financia esa expedición me voy

a buscar otro empleo. Es más, voy a dejar de ser periodista y me voy a meter a agricultor, que se pasa más divertido y se toma el sol. Maldita sea, ¿qué conservadurismo puede haber en el año 2029? Además, hablas como si fueses una momia, y es por eso precisamente que te he preguntado la edad. ¿Cuántos años tienes?

—Desde luego eres un caso único —se sofocó de indignación Rachel—, llevamos casi tres meses acostándonos juntos y hasta ahora no te has interesado por mi edad.

—Bueno —sonrió Adam—, sé que eres joven y bonita. Más que bonita: eres encantadora, Rachel. Pero eso ya lo sabes, ¿no? En lo que me estás decepcionando es en lo otro.

—¿En qué?

—En el índice de inteligencia. Hasta hace unos minutos te consideraba poseedora de una inteligencia más que considerable...

—Ya está bien —se impacientó ella—. No voy a ser menos inteligente porque te haya contrariado en tus descabellados propósitos. Creo que debemos dar por terminada esta conversación.

—De acuerdo —aceptó en el acto Adam Kinkaid —. Adiós, cariño. Me voy con mis descabellados propósitos a otra parte. Ah, pero no pienso salir de aquí sin desvelar ese misterio; ¿cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Increíble. Por tu actitud se diría que tienes ya noventa.

En fin, quizá volvamos a vernos algún día. Mientras tanto ha sido un placer cono...

—¿Qué quieres decir con eso de que quizá volvamos a vernos algún día? —exclamó Rachel—. ¿Acaso no nos veremos esta noche?

—Voy a estar muy ocupado buscando un director de informativos que tenga agallas para respaldar mi iniciativa.

Rachel suspiró profundamente. Veintisiete años, rubia como el sol, grandes ojos verdosos, guapísima, inteligente, con un cuerpo espléndido que el ceñido traje revelaba nítidamente con tonalidades de oro del lamé. Directora de una de las agencias informativas mundiales de más prestigio… Y allí estaba, conversando con un chiflado del que había cometido el error de enamorarse: Adam Kinkaid, treinta y cinco años, moreno, de ojos oscuros, ágil, seguro, tan engañosamente lento como un tigre, periodista, coeficiente intelectual 128. Todavía tenía vigencia el refrán que dice: «Dios los cría y ellos se juntan.»

—De modo que vas a someterme a chantaje sexual —murmuró.

—¿Por quién me has tomado? —sonrió Adam.

—Por un sinvergüenza que sabe que me vuelve loca en la cama, y que ahora me extorsiona amenazándome con no acudir esta noche a la cita.

—Caray —se rascó la coronilla Adam—, ¿tan importante soy en tu vida, directora?

—Digamos que cumples a la perfección tu cometido de satisfacer mis necesidades y ansias sexuales.

—Al demonio —mascullo Adam—. ¡Me estás hablando como si yo fuese un falo mecánico!

—¡Adam, no discutamos!

—Desde luego que no. Adiós, cachonda.

—¡Adam!

Este, ya ante la puerta del amplísimo despacho de Rachel, se volvió, y de nuevo la apuntó con uno de sus dedos de gigantesco atleta.

—Mira, sólo te he pedido que gestiones la consecución de una nave para ir a Marte. No es tan exótico ni tan difícil, ¿verdad? Actualmente, con una nave modesta se puede llegar a Marte en veinticinco o veintiséis días. La cosa no es para morirse de viejo en el camino, digo yo. Y en cuanto al gasto que esto podría representar para la Videopress no creo que

fuese excesivo, si consideramos que podríamos establecer un montaje publicitario con un programa atractivo para el público de todo el planeta. Incluso es posible que tu amada empresa ganase mucho dinero.

—Adam, ¿no quieres reconocerlo? ¡Tú eres un fantasioso, y ya has puesto en marcha varias cosas que iban a ser excepcionales y luego no pasaron de ser… interesantillas! Esto lo sabe el consejo de administración, y si les voy a pedir que financien otra expedición de Adam Kinkaid me van a lapidar. Lo mínimo que me dirán será que si quiero tener contento a mi amante lo haga en la cama, no con los recursos de la Videopress.

—En la cama ya me tienes contento —sonrió Adam—. Bueno, la cosa podría estar mejor, pero…

—¡Eres un estúpido antipático!

—Adiós, Rachel.

—¡Nunca volverás de Marte! —gritó ella.

Adam, que por fin había abierto la puerta, la cerró de nuevo, y regresó ante la gran mesa de Rachel Sanders.

—¿Debo entender que es eso lo que te preocupa? —murmuró.

—¡Sí, es eso!

—¿Y por qué demonios no he de volver?

—Sabes muy bien por qué: los seis últimos satélites y las tres últimas naves tripuladas que fueron enviadas a Marte no han regresado. Es más, se ha perdido todo contacto con ellas, han desaparecido.

—¿Y te parece que un periodista que quiera ir allá está loco? ¿No te gustaría saber qué está pasando? Escucha, Rachel, hace unos cuantos años que Marte dejó de interesar definitivamente a la Tierra, así que, simplemente, el planeta rojo fue tachado de los proyectos de cualquier clase de nuestras instituciones espaciales. De pronto, hace un

par de años empezaron a recibirse supuestas señales de radio al parecer procedentes de Marte; supuestas señales que eran de diferente longitud de onda y de diferentes características. Caramba, se dicen nuestros científicos, ¿qué puede estar ocurriendo ahora? Y tras meditarlo y presupuestarlo, son enviados a Marte, consecutivamente, seis satélites de investigación y captación no tripulados, a ver qué sacan en claro. Los seis satélites desaparecen sin haber tenido ocasión de aclarar nada a la Tierra. La cosa se pone interesante, enigmática, y se decide enviar una nave científica tripulada; la nave desaparece. Se envía otra nave más grande, acompañada de una nave de combate especial, y estas dos naves desaparecen ski dejar rastro. ¿Y a ti te parece que un periodista que quiere investigar esto está loco?

—La ruta de Marte ha sido prohibida.

—¡Me importa un huevo! ¿Qué crees que voy a hacer? ¿Obedecer como un corderito? Maldita sea, estoy harto de ser un periodista burócrata, un maldito y aburrido manipulador de textos que se ofrecen a domicilio. ¿Y qué textos ofrecemos, qué noticias ofrecemos? Pues las mismas que el resto de videoprensas del mundo. Hoy en día encender el videotele es lo mismo que abrir una lata de sardinas: todas las sardinas son iguales, todas las noticias son las mismas. Hombre, ¿qué pasa en Japón?, se pregunta uno. Pues nada, le da a la tecla de Asia, selecciona Japón y se entera de todo, o sea de nada, porque no pasa nada que merezca la atención ni siquiera de un sordo. Y cuando pasa algo que por fuerza tiene que excitar incluso sexualmente a un verdadero periodista, vas tú y dices que el periodista está loco. Pues muy bien, cachonda, me voy a buscar otra agencia. ¿Está claro?

—Hay un dicho mundial desde que empezó a ocurrir todo esto, Adam: nunca vayas a Marte.

—Pues yo voy a ir a Marte.

—¿Por qué no dejas que sea el alto mando espacial quien solucione el asunto?

—¡Ah, claro que sí! ¿Crees que pretendo entrometerme en las funciones de nadie? Pues no. Lo único que yo quiero es saber qué está pasando y difundir la noticia. Es que soy periodista, ¿sabes?

—Si vas a Marte quizá no vuelvas.

—Quizá.

—Adam, ¿pero cómo vas a ir allá? No es tan fácil… ¿Acaso sabes pilotar una nave?

—Mujer, claro que no, pero…

—Entonces, ¿cómo irías? Porque si esperas que cualquier piloto se ofrezca a llevarte ya puedes quitártelo de la cabeza.

—¿Sí? —Adam sacó una cartulina de un bolsillo y la clavó de un manotazo en la mesa, delante de Rachel—. Coloca esto en el visor y te enterarás de algunas cositas.

Rachel tomó la tarjeta, la introdujo en la ranura del visor de mesa y lo encendió. En la pequeña pantalla apareció lo siguiente:

WILLIAM NEVERTON, Navegante
NORMA CLAYTON, Auxiliar de Servicios
ORSON RICE, Vigilancia y Defensa
TEDDY MURRAY, Mantenimiento
DANIEL ABERCROMBIE, Salud y Comunicaciones
CHARLY DELMARE, Material y Abastecimientos
DAM KINKAID, Periodista

Rachel Sanders desvió lentamente la mirada hacia Adam, y susurró:

—¿Qué significa todo esto?

—Significa que en el mismo momento en que consiga la nave y la financiación general ya tengo toda la tripulación y compañía que necesito para ese

viaje.

—¿Norma Clayton también?

—Ahí está su nombre, ¿no?

—Pero... Norma Clayton es una de las redactoras de los textos nacionales a mis órdenes. ¿Quién le ha dado permiso para esto?

—Despierta, ¿quieres? Ni ella ni yo necesitamos permiso de nadie. Queremos ir a ver qué pasa en Marte, y si para ello tenemos que despedirnos de la Videopress, pues adiós.

—¿Y desde cuándo tienes tú tratos con esa presuntuosa pelirroja?

—¿Presuntuosa? —alzó las cejas Adam.

—¡Vaya si los es! Parece una reina, con su larga cabellera, su cuerpo hambriento, su boca siempre tan sonriente. ¡No sé qué se ha creído esa jovencita!

—A lo mejor se ha creído que es una mujer y que tiene derecho a todo lo que la vida pueda ofrecer —dijo secamente Adam—, igual que se lo han creído otras mujeres.

—¿Como yo, por ejemplo?

—Por ejemplo.

—Todavía no me has dicho qué hay entre tú y esa pelirroja. ¡Ni siquiera sabía que os trataseis!

—Bueno, es un poco difícil estar haciendo el amor con una persona y no relacionarse con ella.

—¡Adam! ¡Esa broma no tiene nada de gracia!

—Atiza —se pasmó el periodista—. ¡No me digas que eres celosa!

—¡Y tú no me digas que te has acostado con esa... esa ninfa!

—Tal vez no. Pero la idea no es mala.

—¡Adam!

Este movió la cabeza, se rascó la coronilla y volvió a mover la cabeza.

—Mira, yo he venido aquí a conversar de cosas serias. Ya sé que se dice por ahí eso de que nunca vayas a Marte. Okay. Pero yo voy a ir a Marte, con o

sin la Videopress financiando la empresa y seguramente ganando dinero con un programa estupendo que…

—¿Qué programa? ¡No me digas que ya lo tienes pensado!

—El programa es simpático, inteligente y actual, y no lo tengo pensado, por la sencilla razón de que no es mío, sino de esa pelirroja presuntuosa…, que ya lo tiene no sólo pensado, sino escrito.

—¡De manera que has estado haciendo cosas a mi espalda!

—No creo haberle hecho nada a tu espalda —sonrió Adam—; siempre te las hago de frente.

—¡Bruto! —se sonrojó Rachel.

Adam Kinkaid suspiró cómicamente.

—Son las once de la mañana —dijo, señalando su radiorreloj de pulsera—; si a las cinco y cinco minutos de la tarde no me has llamado interpretaré que aceptas mi renuncia de la Videopress y en tu cama. Y no creas que lo de tu cama lo digo como una amenaza o una represalia; nada de eso. Es que estaría feo estar trabajando para la Intercoast News, pongo por caso, y al mismo tiempo acostarme con la directora de su más enconada rival, la Videopress. Me comprendes, ¿verdad?—¡De manera que los de la Inter continúan haciéndote ofertas!

—De cama, no. Esa agencia la dirige un hombre.

—¡Eres un traidor! ¡Y un… un amante infiel!

—Te equivocas en las dos cosas. Lo que sí soy es un periodista de nuestro tiempo. De modo que… iré a Marte cuando me dé la gana. Adiós, cariño.

Rodeó la mesa, tomó el rostro de Rachel- entre sus manazas y besó los labios ávidos de su directora. Fue un beso que duró más de dos minutos, al término de los cuales ella le empujó, aspiró aire con ansia y jadeó:

—Eres un sinvergüenza, Adam Kinkaid.

—Eso también —admitió sonriendo el periodista.

* * *

El videorreloj de Adam Kinkaid emitió la señal a las cuatro y cuarenta minutos de la tarde y en el pequeño recuadro indicativo apareció la señal de Rachel Sanders. Adam apagó la señal, se sentó ante el videoteléfono, y marcó el número del despacho de Rachel, cuya imagen apareció a los pocos segundos en la pantalla.

—Sí, Adam, dime.

—Dime tú, que me has indicado que te llame.

—Te he conseguido lo que quieres.

—Perfecto. Voy a llamar a los de la Inter para decirles que sigo en la Videopress. Gracias, cariño. Besos.

—¿Vendrás esta noche?

—Claro. Ya no falto a la ética si lo hago. Ya me explicarás cómo has convencido al consejo de administración. Espero que no te hayan afrentado echándote en cara que has puesto tanto empeño en conseguirlo porque somos amantes.

—No son tan rudos. Lo que sí quieren es conocer cuanto antes ese programa que ha escrito tu amiga Norma Clayton.

-No es mi amiga.

—Ah, yo creía...

—Es mi amante número dos.

—¡No sigas con tus bromas!

—A las ocho estaré ahí. ¿Puedo llevar a Norma?

-¡Estúpido!

Rachel cortó la comunicación. Adam estuvo mirando sonriente la pequeña pantalla durante unos segundos. Muy bien, lo había conseguido. El iba a ir a Marte.

Lo que no se preguntó es si volvería.

CAPITULO II

Ni se lo preguntó él ni, evidentemente, se lo preguntaron a sí mismos los restantes miembros de la expedición que se preparó poco menos que clandestinamente, pues seguía vigente la prohibición de acercarse a las rutas de Marte cuando la nave estuvo preparada para partir.

Para entonces, todos los que iban a viajar por el espacio se habían relacionado asiduamente y se conocían bastante bien. O cuando menos eso parecía.

Will Neverton, el piloto y jefe de navegación, era un sujeto pelirrojo (incluso más que la guapísima Norma Clayton) que medía dos metros doce centímetros, pesaba ciento sesenta kilos y poseía el rostro más pecoso del mundo y un humor sencillamente encantador. Tenía cerca de cuarenta años, de los cuales se había pasado veinticinco viajando por el espacio en toda clase de naves, incluidas las de combate en sus tiempos de aerosoldado.

Charly Delmare, menudo, nervioso, rubio albino y aparentemente medio cegato, era el sujeto más espabilado y zorro que Adam había conocido jamás, hasta el punto de decir de él que podía conseguir langostas en el espacio. Tras los gruesos cristales de sus gafas, la azul mirada de Delmare parecía la del niño más ingenuo y desvalido que pudiera hallarse, lo cual, también como decía Adam, era mentira cochina. Resumiendo: Delmare era un sujeto de cuidado.

Teddy Murray tenia sólo dieciocho años, era espigado, guapísimo, simpático, buen muchacho, inteligente, disciplinado y ordenado..., y con una capacidad de comunicación telepática que ya desde la más tierna infancia había aterrado a sus progenitores. Greñudo, desaliñado, cariñoso... Un

encanto, a juicio de Norma Clayton, la bellísima pelirroja de la cual ya se ha facilitado información, y sobre la que sólo falta añadir que se habían enamorado de ella hasta los tornillos de la nave.

Orson Rice era de raza negra, medía metro noventa, pesaba noventa kilos y era una estatua pasmosa de perfección y musculatura. Su coeficiente de inteligencia sobrepasaba ligeramente los 100, pero su capacidad para la lucha era indescriptible. No había situación peligrosa que no supiera resolver, y sólo el hecho de tener que ceñirse a disciplinas y aceptar órdenes fijas le mantenían alejado de los servicios militares. La vigilancia y la defensa de la nave estaban en buenas manos.

Daniel Abercrombie era corriente y vulgar en todo cuanto se refiere a su aspecto físico. Era el tipo de hombre a quien nadie miraría dos veces. Sin embargo, era doctor en medicina, en psiquiatría, en radoestesia, y profesor de astromática, bioquímica, química nuclear… El genio oculto. ¿Que por qué un hombre así iba en una expedición básicamente periodística? Porque le quedaban pocas cosas de sus especialidades por aprender en la Tierra y, simplemente, como él decía, quería darse una vuelta por ahí en compañía de gente simpática y con curiosidad hacia el entorno. Esto aparte, había sido amigo íntimo del padre de Adam Kinkaid, y cuando supo que éste iba a Marte (es decir, cuando supo que «pretendía» ir a Marte) se ofreció a acompañarlo.

Y queda todavía otro viajero, que fue la sorpresa de la expedición, y que se la llevó, en primer lugar, el jefe tácito de ésta, Adam Kinkaid

—¿Otro pasajero? —exclamó cuando Rachel le informó de ello—. ¡No necesitamos a nadie más a bordo!

—Pues lo siento, pero el consejo de administración lo ha impuesto, querido.

—Tú lo que quieres es amargarme la noche —

gruñó Adam—, quizá la última que pasamos juntos.

Rachel se restregó en plena desnudez, con los mimos de una gatita, contra el no menos desnudo Adam, ambos en la cama del chalet de ella, sito en la playa de Long Island, en el Sound Canal.

—Precisamente se trata de lo contrario —dijo Rachel, besándole un perón a Adam—; de no amargarte la noche y de alegrarte el viaje.

—A ver, a ver, explícame eso.

—De amargarte la noche, nada, porque yo más bien diría que lo estás pasando divinamente. Y yo también, ya lo sé, ya lo sé —se echó a reír—. ¡Y sólo hemos hecho que empezar!

—¡Mi madre! — se alarmó Adam.

—Es por, si no volvemos, al menos tener un último recuerdo muy grato de nuestra estancia en el planeta Tierra.

—Sí, eso me parece una bu… ¿si no volvemos!

—Es que ese otro pasajero soy yo.

Adam se sentó de un salto en la cama, con tal ímpetu que casi lanzó fuera de ésta a Rachel.

—¡No! —exclamó.

—¿Cómo que no? —exclamó ella a su vez, sentándose también—. ¿Se puede saber a qué viene tanto aspaviento?

—¡Tú no puedes venir!

—¡Dime por qué, si eres tan amable!—Pues porque… porque.., ¿quién dirigirá la Videopress si tú te vas de paseo a Marte?

—¡Lo dirigirá mi padre!

—¡Tu padre tiene ya casi sesenta años! ¡Es un anciano que está jubilado hace tres!

—¡Puede que sea un anciano, pero es diez veces más listo que tú! ¡Y cien veces mejor periodista! ¡Además, tú sí que eres un anciano a su lado! ¡Y no está jubilado! ¡Y es el presidente del consejo de administración, así que él puede hacer lo que le dé la gana y yo también!

—¡No me grites!

—De acuerdo —bajó Rachel la voz hasta el susurro—. Cariño, yo voy a Marte si tú vas a Marte, ¿lo entiendes?

—Pero… ¡eso es una locura! ¡Es peligroso!

—¿Me estás tomando el pelo?

—¡Claro que no!

—¡No me grites!

—Está bien —bajó la voz Adam—. En serio, Rachel, ¿estás loca?

—Puede que esté loca, pero te diré una cosa, Adam Kinkaid: esa pelirroja no te va a tener libremente a su disposición en una pequeña bañera durante dos o tres meses en el espacio, ¿te enteras?

—¡De modo que eres celosa!

—Como una fiera —se encrespó Rachel—, ¿qué pasa?

Adam se quedó mirándola durante unos segundos, como absorbiendo con los ojos la espléndida belleza de la muchacha. De repente deslizó una mano por la cálida turgencia de su cuerpo, murmurando:

—A ver, demuéstrame lo fiera que eres…

* * *

Ningún problema

La noche señalada, la nave proporcionada por la Videopress despegó sin el menor contratiempo, en su debido momento se liberó de la atracción planetaria, y finalmente enfiló la ruta calculada por las computadoras para coincidir con el planeta Marte exactamente veintiséis días más tarde.

Único problema a bordo: pasar el tiempo del modo más provechoso o distraído posible. Soluciones: ampliación de estudios, dedicación al cometido personal dentro de la nave, reuniones para

cambios de impresiones, conferencias a cargo de Dan Abercrombie, sesiones de entrenamiento físico a cargo de Orson Rice, aprendizaje por parte de todos para la tripulación de la nave en caso de emergencia, demostraciones telepáticas a cargo de Teddy Murray y desarrollo de las facultades de cada uno en ese campo… Y, sobre todo, el programa de radio de Norma Clayton, al que poco a poco se fueron incorporando todos en intervenciones personales y con aportación de ideas. El programa, titulado precisamente «Nunca vayas a Marte», constaba de varias partes: comentarios sobre el viaje, charlas de Abercrombie, intento de adivinación de los acontecimientos en la Tierra por pacte de Abercrombie y sobre todo de Teddy Murray, vaticinios políticos y económicos, y, la parte del programa que según los índices de audiencia era la más esperada, «Te amo, marciano», en la que Norma Clayton hacía elucubraciones sobre el sentimiento llamado amor y que terminaba siempre con la frase: «Adiós, Tierra, me voy a Marte, donde está mi amor…»

Entre bromas y veras, en cualquier caso, la modesta e indefensa expedición había conseguido una popularidad en la Tierra que superaba todas las más optimistas previsiones comerciales por parte de la Videopress, así que, en este sentido, la satisfacción era total por parte de todos.

Único punto negro del viaje: Rachel Sanders, pese a que se comportaba correctamente y colaboraba en todo cuanto era necesario, se sentía más y más celosa de Norma Clayton a cada día que transcurría…

—Y la culpa de todo esto —decía en aquel momento Norma Clayton, que había coincidido con Adam Kinkaid en la salita de relax— la tiene el sistema vigente de leyes.

—No comprendo parpadeó Adam.

—En realidad, las leyes tienen la culpa de todo.

¿Por qué demonios han de decirnos cómo tenemos que vivir? Porque si a mí me dicen que no tengo derecho a cortarte una oreja, b entiendo; pero ¿por qué diantres me han de decir qué rumbo y sentido debo dar a mi vida sexual?

—Bueno, tampoco te dicen eso, me parece a mí, Norma.

—Ya lo creo que sí. A mí, a ti y a todos. ¿Quién o qué sino las leyes han determinado que tú tengas sólo una esposa y yo un solo marido?

—¡Caramba!

—¡Claro! Si las leyes no se metieran en esto, o al menos nos autorizaran a todos a tener los maridos, esposas o amantes que quisiéramos, Rachel no podría andar todo el día vigilándonos como si fuésemos marcianos que pretenden robarle la nave. Vamos a ver, ¿por qué no podemos tú y yo hacer el amor si nos viene de gusto?

—Yo creo que sí podemos —sonrió de oreja a oreja Adam.

—¡Me refiero a hacerlo legalmente, tonto!

—También. A fin de cuentas, aunque en la Tierra persista esa antigualla llamada matrimonio, ni tú ni yo estamos casados.

—¡Pero aquí todos sabemos que estás durmiendo todo el viaje con Rachel! Es... Bueno, sois una pareja establecida, ¿no?

—Y lo que tú dices es que otra persona podría... participar de las vivencias de esa pareja establecida.

—¿Por qué no?

Adam movió la cabeza.

—Eso se hada en la Tierra hace muchos años, y no funcionó. Es decir, funcionó a nivel... delictivo. Se pasaba bien, eso sí, pero no fue nunca aprobado. A la larga era un desbarajuste, no valía la pena legalizar una cosa tan complicada... ¿Por qué pones esa cara?

—Se me está ocurriendo otra idea para el programa... ¿Qué te parece si hacemos esa sugerencia

al público y además les pedimos que nos informen de sus puntos de vista al respecto? ¡A lo mejor conseguimos que cuando estemos de regreso en la Tierra las leyes al respecto hayan sido estudiadas con más detenimiento y mejoradas!

—Como idea está bien —asintió Adam—, pero me temo que siempre será delito que tú y yo hagamos el amor. Aunque te lo advierto: a mí no me importaría delinquir en ese sentido.

—A mí tampoco —murmuró Norma Clayton—. Pero estoy segura de que nada más que empezáramos a besarnos aparecería Rachel en la sala con cara de ingenua preguntando cualquier tontería como «¿habéis visto por aquí mi bolígrafo?».

—Podríamos probar.

—¿Es una apuesta? —rió Norma sonrojado el rostro.

—De acuerdo. Si la ganas tú, abrimos una botella, de champaña de las reservas; si la gano yo, descorchamos una de whisky.

—¡Espero ganar yo, pues me encanta el champaña!

—No podemos gastar demasiado, es para invitar a los marcianos.

—¡Adam, no hay marcianos! —volvió a reír Norma, relucientes los ojos.

El se acercó, la abrazó por la cintura y sintió bajo sus dedos la turgencia sólida de la carne femenina, apenas protegida por la fina malla del «mono» especial que todos usaban en el viaje. Los senos de Norma, grandes, henchidos, magníficos, se aplastaron cálidamente contra la musculatura pectoral de Adam Kinkaid. Este parpadeó, aspiró hondo y atrapó con su boca la de la muchacha.

Fue como si Norma Clayton recibiese de súbito una descarga de alto voltaje. Se tensó, se crispó en fuerte estremecimiento y, acto seguido, se abrazó al cuello del periodista. Su boca grande, roja, jugosa,

correspondió magníficamente al beso, y en cuestión de segundos ambos perdieron la noción de la realidad de su entorno...

—Ya sabía yo que al final os sorprendería haciendo el canallita a los dos —sonó la voz de Rachel.

El sobresalto de ambos fue tremendo y cómico. Se atragantaron con su respingo mientras se separaban, y mientras Norma se ajustaba la ropa (cosa en verdad difícil, pues el «mono» se adhería completamente al cuerpo), Adam se puso a carraspear y a mirar a todos lados como si estuviese buscando algo importantísimo.

Rachel no les dio tiempo a reaccionar. Mirando a Adam, dijo fríamente:

—Will quiere que vayas a la cabina de mandos.

Dio la vuelta y salió de la sala, donde quedó un silencio de lo más impenetrable. De pronto, Adam Kinkaid se echó a reír, y exclamó:

—¡Bueno, al menos no ha dicho eso del bolígrafo!

—Pero me ha dado un susto de muerte. ¿Ves lo que te decía de la conciencia culpable? ¡Y yo no tengo por qué tener conciencia culpable de nada, tengo derecho a hacer lo que me dé la gana!

—Ella también —señaló Adam con el pulgar por encima del hombro—, me parece que me he quedado sin compañía femenina para el resto del viaje. Me refiero en la cama, se entiende.

—¿Esto te entristece? Porque si es así, ya que yo he tenido la culpa de...

La voz de Will Neverton sonó en la sala por el sistema de comunicación interno de la nave:

—Adam, he enviado a Rachel a buscarte. Estés donde estés, déjalo todo y ven aquí, ¿quieres?

—Será mejor que vayamos con él —asintió Adam.

Segundos más tarde ambos se hallaban junto a Neverton, que señaló la pantalla de la computadora que indicaba las distancias.

—Dentro de una hora —informó— llegaremos a la zona a partir de la cual dejaron de tenerse noticias de los satélites y de las naves desaparecidas. Creí que querrías hacer algún preparativo.

—Sí, de acuerdo.

—Hay otra cosa —Will Neverton señaló otra pantalla— que es la que no entiendo y me ha impulsado a llamarte...

—¡Je! ¡Pues si no la entiendes tú...!

—¿Qué cosa es? —preguntó Norma

—Tal vez vuelva a suceder. No perdáis de vista esa pantalla.

—Está apagada —dijo Adam—, así que no sé qué esperas que veamos.

—No está apagada —negó con la cabeza también Neverton.

—¿Cómo que no?

—Estaba y está encendida..., pero algo la ha oscurecido.

Norma y Adam cambiaron una mirada. No entendían, ni mucho menos, lo que entendía Will Neverton de navegación y aparatos de control, pero habían aprendido lo suficiente durante el viaje para saber que aquella pantalla, visor frontal derecho de la nave, debía mostrar algo si estaba encendida. Aunque sólo fuese el paisaje panorámico que habían estado contemplando durante el recorrido: estrellas y más estrellas al fondo de un telón interminable de oscuridad.

—¿Y qué puede haberla oscurecido? —murmuró Adam.

—No lo sé. Pero no dejéis de mirarla.

Se quedaron los dos mirando la pantalla. No se oía nada. Transcurridos apenas tres minutos, en el silencio de la pequeña sala de controles se oyó algo parecido a un triple sonido de tambor, y en la pantalla encendida pero a oscuras aparecieron y desaparecieron lentamente tres puntos luminosos de

tono verdoso.

—¿Eso qué es? —exclamó Norma

—No tengo ni idea —replicó Neverton—. Me recuerda el sonido de un tambor, pero no creo que alcancen hasta aquí las señales de tam-tam de África.

—¡Vaya un momento para bromear! —masculló Adam—. ¿No será que tenemos una avería?

—No.

—Bueno, tal vez no estemos rumbo a Marte y estemos captando el sonido de alguna otra cosa que...

—¡Ahora á que me has tocado las narices! —se irritó

Neverton—. ¡Cómo que no estamos rumbo a Marte! ¡Toma Marte!

Pulsó un mando, y el visor directo al espacio se descorrió ante ellos. Esta vez no apareció la negrura interminable y las estrellas por todas partes, sino que, desde el primer momento, una intensa coloración roja de una belleza indescriptible inundó la sala. Fue totalmente como si una ola de seda roja hubiera llegado hasta allí procedente del enorme planeta rojo que aparecía en la distancia, perfectamente esférico, definido, luminoso como si fuese un globo dentro del cual hubiera muchas bombillas de luz roja encendidas.

Adam y Norma se quedaron con el aliento y el ánimo en suspenso durante unos segundos. Por fin, Norma suspiró:

—Oh, Dios mío... ¡Ahí lo tenemos!

—Ya hace tiempo que lo tenemos ahí — la miró sorprendido Adam.

—Sí, pero no me había parecido tan... tan hermoso...

—En eso tienes razón —admitió él—. Me ha impresionado.

—A mí me gusta más la Tierra —dijo Neverton—, Pero admito que ese lugar es un punto de turismo interesante. Y lo sería más si hubiera algo en él. Por

ejemplo, unas playas con palmeras...

La pantalla que estaba encendida pero que parecía apagada volvió a emitir aquel triple sonido de tambor, y de nuevo aparecieron y desaparecieron lentamente los tres puntos luminosos de color verdoso.

—¿Qué demonios puede ser eso? —masculló Neverton—. Nunca he visto nada igual.

—Pero algo te debería sugerir, ¿no?

—Ah, eso sí; me sugiere la existencia de algo que hace, emite o refleja ese sonido. Pero en Marte no hay nacía de eso.

—¿Estás seguro de ello? — preguntó Adam.

—Hombre, no —fe miró torvamente el navegante espacial—. Hace un montón de años que desde la Tierra se han estado interesando por Marte, lo han estudiado de todas las maneras imaginables, han enviado satélites de todas clases, naves tripuladas, exploraciones. Bueno, todo lo que quieras. Y ahora vamos a llegar nosotros con este utilitario cochambroso a descubrir algo nuevo en Marte.

—Coño, no hay para tomárselo así —farfulló Adam.

—Pero si me hace gracia, hombre —rió Neverton —. Pero, con gracia o sin gracia, estamos registrando en la pantalla dos cosas que se supone no deberían existir en esa zona: sonido y movimiento lumínico. Pero no me preguntéis qué puede ser.

Se quedaron los tres silenciosos. Rachel apareció en la sala, y se colocó detrás de Adam y Norma. Adam se volvió, la vio, y sonriéndole intentó pasarle un brazo por los hombros, brazo que fue violentamente rechazado por Rachel. Abercrombie apareció también, fumando en pipa y ataviado con una bata y unas viejas zapatillas deportivas, como si estuviera en su chalet-laboratorio de la Tierra.

—¿Qué pasa, qué pasa? Ah, caray, esto ya es otra cosa. ¡Qué hermosura!

—A Will le gusta más la Tierra —dijo Norma.

—Toma, y a mí también, pero eso no quita que el espectáculo de Marte, desde aquí y por ahora, sea estupendo. ¿No hay ninguna novedad, todo va bien, todo está en orden?

Norma y Adam señalaron la pantalla, y Abercrombie se quedó mirándola sin comprender. Cuando miró interrogante a Adam, éste le hizo un gesto para que esperase. Al poco, sucedió de nuevo: se oyó el triple sonido de tambor y aparecieron y desaparecieron lentamente las tres señales luminosas. Daniel Abercrombie ni siquiera comentó nada. Se quedó mirando la pantalla, fascinado. Transcurridos casi tres minutos, todo sucedió de nuevo. Y lo mismo tres minutos más tarde. Para entonces todos los ocupantes de la nave estaban reunidos en la sala de control, observando el rojo planeta al que se acercaban y las señales de la pantalla.

—¿Alguien tiene alguna sugerencia? —preguntó de pronto Abercrombie.

Nadie contestó, aunque algunos movieron la cabeza negativamente. El apolíneo e impresionante Orson Rice dijo:

—Tal vez convendría preparar nuestro sistema de defensa.

—¿Contra qué? —preguntó Adam—. No hay nada en parte alguna por esta zona, Orson.

—Yo no estaría tan seguro —murmuró Teddy Murray.

La expectación fue total y colectiva.

—¿Qué quieres decir? —aclamó Rachel.

—Déjale concentrarse. Vamos, Teddy, muchacho, ¿de qué estás hablando, qué percibes?

Teddy cerró los ojos y permaneció inmóvil. En la pantalla sonó de nuevo el triple tambor, apareció y desapareció la triple señal luminosa. Teddy Murray se estremeció y abrió los ojos. La señal luminosa. Teddy Murray se estremeció y abrió los ojos. Los

abrió tanto que pareció que fuesen a caérsele de las órbitas.

—Santo cielo —jadeó.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay ahí, qué ocurre, Teddy? —instó Orson, tenso.

—No sabría decíroslo exactamente. Mejor dicho, no me atrevo. Es algo tan...

—¡Dios mío! —gimió Norma—. ¡Mirad ESO!

CAPITULO III

Cabría preguntarse cómo tuvo Norma Clayton la presencia de ánimo suficiente para advertir a sus compañero» de lo que estaba viendo en aquel momento ella, que era la única que miraba por el visor directo hacia el planeta rojo.

Cabría preguntárselo porque cuando tos demás vieron aquello se quedaron sencillamente sin habla, debido al sobresalto, a la incredulidad, al estupor: una mano verde había aparecido, y se interponía entre ellos y el planeta Marte.

Una mano verde y enorme, que rápidamente se constituyó en pantalla que ocultó el planeta rojo a las miradas de los viajeros terrestres. Pareció totalmente un enorme muro agrietado que permitía pasar ramalazos de luz roja y destellos verdes de la grandiosa palma El gran muro verde, con destellos de luz roja por entre los dedos y formando también un halo rojo alrededor de la palma se acercaba a ellos.

Se acercaba a ellos.

La comprensión de esto todavía tardó unos segundos en llegar a la mente de todos, excepto a la de Teddy Murray, que seguía mirando con ojos desorbitados aquel imposible que era la grandiosa mano verde acercándose.

Hubo, por un momento, la colectiva sensación de

que la nave era algo así como un abejorro que volaba hacia el muro verde, contra el cual se produciría el choque de un momento a otro, inevitablemente. Sin embargo, no hubo choque alguno; la mano enorme cambió de postura, se cernió sobre la pequeña nave procedente de la Tierra y, simplemente, la agarró. La agarró del mismo modo que un ser de la Tierra podría agarrar un pajarillo.

Las consecuencias, normal y lógicamente, tendrían que haber sido catastróficas; todo tendría que haber estallado, los ocupantes de la nave tendrían que haberse hecho papilla contra el visor, la nave entera tendría que haberse desmantelado, desgajado, reventado y triturado, produciéndose un estallido y un incendio brevísimo de desintegración total…

Nada de esto sucedió. La mano, sujetando la nave como si estuviese jugando con ella, la siguió en su desplazamiento, sujetándola, haciéndola frenar lentamente. Tan lentamente, que la deceleración de los motores fue prácticamente normal, como sometidos a la voluntad de los mandos del navegante.

Hubo, eso sí, una cierta sacudida, como un leve crujido siniestro que lo estremeció todo y que derribó a los pasajeros y los hizo rodar por el suelo; pero fue un mal menor, nada en realidad, comparado con lo que lógicamente debió haber sucedido.

Pero… ¿dónde estaba la lógica?

Will Neverton, que se había golpeado la frente contra los instrumentos, sentía ahora el calor de la sangre en su rostro. Se pasó la mano y percibió el corte de la frente. Le zumbaban los oídos. Seguía sujeto a su asiento de piloto, pero el porrazo, quizá por eso, había sido tremendo. Los demás, tras ser desplazados y arrojados unos contra otros, también habían rebotado en los paneles de mandos, y ahora yacían en confuso montón en el suelo, moviéndose

lentamente.

Cuando Will Neverton se irguió completamente y, todavía aturdido miró hacia adelante por el visor, vio de nuevo el resplandor rojo, ahora mucho más cerca. Tuvo la sensación de que estaba en la Tierra, que recibía los rayos del sol y que, simplemente, éstos eran rojos. Al mismo tiempo, a un lado del visor, enorme, vio el rostro.

El gran rostro verde de enorme boca, gigantescas orejas y un solo ojo rojo, rojo como la sima de un volcán en erupción y dotado de una negrísima pupila grande como un camión normal de la Tierra y que se dilataba y contraía en esfuerzo visual de acomodación de la distancia. Will Neverton oyó algo junto a él, tal vez un suspiro, tal vez un gruñido, pero no se movió. Estaba petrificado por el espanto.

Y del mismo modo quedó Adam Kinkaid, sujetándose a medias, como buenamente podía, en el asiento de Neverton, utilizando el brazo derecho, mientras el izquierdo pendía insensible.

Ni uno ni otro hombre podían proferir sonido alguno. Miraban el rostro que parecía una pesadilla y tenían la sensación de que la nave se hallaba metida en una gruta a cuyo extremo se divisaba Marte y el rostro verde y enorme. Era algo indescriptible en emoción y en situación. Los motores de la nave se habían parado, pero no parecía que hubiese averías, o al menos no eran preocupantes, pues incluso persistía el sistema de alumbrado...

—Adam —gimió en el suelo Rachel—. ¡Adam!

Este parpadeó, suspiró, fue a decir algo.

Entonces, justo en aquel momento, aquella mano enorme se cerró completamente y toda luz desapareció. La nave crujió, se apagó su sistema de iluminación tras unos chispazos. Todo quedó de momento en silencio. Luego la nave crujió un poco más...

—¡Adaaam! —gritó de nuevo Rachel.

—¡Teddy! —reaccionó súbitamente éste—. Teddy, ¿qué es eso que hay ahí afuera?

—Va a desencuadernar la nave —resonó tétricamente la voz de Will Neverton.

—¿Qué es eso, Teddy? —insistió Adam.

—Es un ser vivo —dijo el joven Murray—, Y si yo no he perdido la cordura nos ha estado pidiendo ayuda.

—¿Ayuda? ¡Pero si nos va a hacer picadillo!

La nave crujió más. Giró bruscamente. Crujió de nuevo... Una atmósfera nueva penetró por una grieta, y en el acto todos los viajeros procedentes de la Tierra perdieron el conocimiento.

* * *

Había una radiante luz anaranjada, y Orson Rice, que fue el primero en recuperar el sentido, se quedó mirándola fascinado. De súbito recordó lo sucedido, se movió en el suelo y vio cerca de él a los demás, algunos formando un revoltillo con otros. Rachel y Adam permanecían juntos, la mano derecha de ella agarrada al cinturón de él.

Rice miró de nuevo el hermosísimo resplandor rojo en el visor de la nave, y de nuevo a Adam. Se deslizó hacia él, le asió con dos dedos por debajo de la barbilla, y le movió la cabeza.

—Adam... Adam...

Este abrió los ojos. Vio el rostro de Rice, parpadeó y quiso sentarse de un salto, sin conseguirlo debido a su contacto con Rachel. Orson le ayudó a apartar a la muchacha y a ponerse en pie. El brazo izquierdo de Adam seguía colgando inerte.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Adam.

—No tengo la menor idea. Es decir, recuerdo que pensé que me iba a morir, eso es todo. ¿Alguna vez en tu vida habías visto una luz como ésta?

Señaló el visor. Adam movió negativamente la cabeza y se acercó más al vidracero del visor. El asombro le impidió la menor reacción. Fue como si su mente quedase en blanco y su cuerpo paralítico. Lo mismo le ocurrió a Orson Rice.

Ante ellos se extendía una amplísima llanura iluminada en rojo, pero sin que se viese la procedencia de ese resplandor.

Con todo, lo increíble no era sólo el resplandor, sino la ciudad que se veía en el centro de la llanura. Todos los edificios, de escasa altura, eran de piedra roja, aunque de diversos tonos. Había lo que debían ser carreteras, la mayor parte elevadas, y amplios espacios donde se podía pensar que existían jardines, pero en los que simplemente no había nada, es decir, que su única función parecía consistir en tener separados holgadamente los edificios y proporcionar espacio a los caminos elevados.

Era una ciudad extrañamente hermosa… silenciosa, y vacía de todo signo de vida.

—Esto no puede ser —murmuró por fin Adam—. Esto no puede ser Marte, Orson.

—No puede ser ningún otro lugar.

—Es absolutamente imposible que en todos los años que se han estado enviando satélites y naves de exploración de toda clase no haya sido vista o detectada de un modo u otro esa ciudad. ¿De dónde viene ese resplandor? ¡A ver si ahora nos vamos a encontrar con que hay soles rojos en Marte, y es por eso que se le ve rojo!

Miraron hacia arriba por el visor, pero no alcanzaron a ver sol alguno, ni el lugar de procedencia de la luz. En realidad, ésta parecía brotar de todas partes y de ninguna.

—Vamos a despertar a los demás —murmuró Adam—. Esto requiere una de las reuniones de toda la expedición.

Orson señaló parte de la grieta de la nave, y dijo:

—Deberíamos estar muertos todos.

—Quizá Abercrombie nos lo explique.

Minutos más tarde, ya todos recuperados y en buenas condiciones salvo pequeñas magulladuras o cortes producidos por los golpes contra partes de la nave, escuchaban a Dan Abercrombie, que tras encoger los hombros decía:—Indudablemente, nuestro organismo no pudo soportar la brusquedad del cambio de atmósfera y por eso perdimos el sentido, pero no podemos dudar de que la atmósfera de este lugar es perfectamente asimilable.

—Pero ¿qué lugar es éste?

—Sólo se me ocurre una cosa: estamos en el interior del planeta.

—¿De qué planeta?

—Maldita sea —gruñó Neverton—. ¿Todavía crees que me he desviado de la ruta? ¡Como quien se equivoca de camino en el bosque, supongo! Pues te diré que esto no es un bosque y que desde que aprendí a navegar...

—Demonios, Will, cierra el pico —masculló Adam—. De acuerdo, estamos en Marte. ¿Dentro del planeta? Veamos, Dan, ¿realmente crees eso?

—Sólo hay dos alternativas —sonrió irónicamente Abercrombie—: o estamos en la superficie de Marte o estamos en el interior. ¿Qué eliges?

—En el interior —asintió Adam—, Si esa ciudad estuviera en la superficie ya habría* sido localizada y sería conocida en la Tierra. ¿Es posible que nuestros sistemas de exploración no hayan captado la existencia de una ciudad en el planeta?

—¿Posible? Bueno, es evidente, ¿no? Falta saber a qué profundidad estamos dentro de Marte. Tal vez a la suficiente para que nada del exterior pueda afectar este lugar, ni ningún sistema de rastreo acceder a él. O quizá, aunque estemos relativamente cerca de la superficie, haya una protección de aislamiento.

—Esa ciudad… me estremece —dijo Norma, que había estado mirándola en silencio—. ¡Parece… una cosa muerta!

—Deberíamos empezar a pensar en salir de la nave para reconocer el terreno —sugirió Neverton—. Cuando menos, por una sola razón: tal como ha quedado la nave es imposible la reparación con nuestros medios, así que… tal vez tengamos que quedarnos aquí para siempre.

—¡Oh, no! —gimió Rachel.

—No funciona ni un solo instrumento del panel —dijo

Neverton—. Lo digo en serio, desde aquí dentro no sabremos nada de nada. Hay que salir. La nave es tan inútil como una caja de zapatos. Lo que cabe esperar es que la despensa y su contenido no hayan sufrido daños.

—Iré a ver —dijo Orson Rice.

Quince minutos más tarde, tras un reconocimiento interno de la nave, se sabía lo siguiente: la nave, como tal, podía considerarse, en efecto, como una caja de zapatos. Ningún instrumento funcionaba y, desde luego, las posibilidades de repararla, especialmente la grieta enorme, eran nulas. Tal vez los instrumentos y el sistema eléctrico, tomándoselo con calma, podrían ser reparados, pero nunca la grieta. No había en la nave maquinaria ni elementos capacitados para ese tipo de reparaciones, pues cuando ocurría esa clase de avería o accidente en cualquier nave procedente de la Tierra el resultado era la muerte súbita de todos sus ocupantes, de modo que ni se pensaba en la reparación de esa envergadura al despegar.

La luz roja no variaba en tonalidad ni en intensidad, es decir, se rechazó ya de entrada la idea de «día o noche» en aquel lugar. Había el resplandor rojo, y punto. Cualquier otro concepto sobraba.

Finalmente se decidió salir de la nave. La escotilla

inferior funcionaba; fue abierta, y Adam, Orson, Rachel y Teddy abandonaron la nave. La primera en ver el resto de naves fue Rachel, que lanzó una de sus exclamaciones tipo gritito infantil de sobresalto.

Era un sobresalto justificado, ahora ante ellos, en la parte que no podían ver de la llanura, pues había quedado de espaldas a ella, había no menos de cincuenta naves de diferentes características. El aspecto de todas ellas era… mohoso. Parecía que un moho rojo las estuviese recubriendo como forrándolas.

—Pero… ¡la mayoría de estas naves no son de la Tierra! —exclamó Rice.

—Lo que estoy pensando es de chiflados, lo sé —dijo Adam—, pero lo estoy pensando.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Teddy.

—¿En qué estás de acuerdo con él? —preguntó Rice—, ¿Y qué es lo que estás pensando, Adam?

—¿Recuerdas la mano verde? ¿Y la cara? Evidentemente, pertenecen a un ser que… se dedica a cazar las naves que pasan cerca de Marte y las deposita aquí, en este… cementerio, dentro del planeta.

—O sea, que los marcianos son seres que miden… ¡qué sé yo!, ¿dos kilómetros de estatura?

—Supongo que considerando el tamaño de la mano y de la cabeza la proporción debe ser ésa. Yo diría que incluso un poco más, siempre y cuando ese ser esté conformado conforme a nuestros patrones humanos terrestres.

—Ya. Y un ser así nos estuvo pidiendo ayuda… ¿No es eso lo que dijiste, Teddy?

—Sí, señor. Bueno, no sé si el mensaje llegaba de él, pero nos estaban pidiendo ayuda…, y pronto vamos a saber quién y qué clase de ayuda. Se están acercando, y nos envían un mensaje de paz.

Se quedaron los tres mirando al muchacho, que había cerrado los ojos. Así estaba todavía Teddy

Murray cuando apareció la pequeña nave volando por encima de la ciudad silenciosa. No producía el menor sonido, y en cuestión de tres segundos había aterrizado frente a ellos, a unos cuarenta metros.

—Es una nave marciana —murmuró Teddy, todavía con los ojos cerrados—, somos bien venidos.

Adam Kinkaid frunció el ceño. De la base de la nave marciana apareció una rampa por una ranura, que terminó de alzarse. Un solo ser apareció en la rampa, y se desplazó silenciosa y suavemente hasta el suelo. No se detuvo, si no que continuó caminando hacia los terrestres, ante los cuales llegó finalmente.

Para entonces, los terrestres continuaban pasmados ante la belleza del insólito ser. Su cuerpo, cubierto por una túnica verde bronce, tenia las proporciones muy parecidas a las de la bella Rachel Sanders. Su rostro, de una belleza resplandeciente, mostraba una boca diminuta y bien dibujada, una nariz igualmente diminuta, y unos grandísimos ojos verdes refulgentes; todo ello ocupaba la mitad del rostro, y la otra mitad era frente; una frente bien curvada, nítida, pura. No había un solo cabello en la redonda cabeza, de modo que destacaban sólo debido a eso sus diminutas orejas que a Rachel le recordaron, absurdamente, pequeños capullos de rosas. El conjunto era sorprendentemente bello, sereno, tranquilizador.

—Soy Suna, y celebro encontraros a salvo —dijo en inglés—. Siento mucho que Martio haya vuelto a hacerlo.

—¿Hacer qué? —murmuró como en sueños Adam —. ¿Quién es Martio?

La mirada de Suna se desplazó hacia Teddy Murray, que había abierto los ojos y la miraba absolutamente fascinado. La sonrisa que apareció en la diminuta boca de labios gorditos los cautivó a todos.

—Martio —explicó, tras desviar la mirada de sus

grandiosos y bellísimos ojos verdes de Teddy— es el gigante verde que os capturó.

—Creíamos... que era un ser de Marte, y que todos erais así, es decir, al verlo a él...

—Es sólo un robot —dijo Suna—, pero sus programaciones fueron excesivas, y he perdido el control sobre él en muy buena parte. Actualmente toma sus propias decisiones para intentar salvar el planeta. Los marcianos estamos convencidos de que nosotros no vamos a poder lograrlo jamás, así que Martio está... pidiendo ayuda.

Adam miró las naves mohosas esparcidas por la llanura.

—¿Quieres decir que ese robot ha capturado todas esas naves para pedir ayuda a sus ocupantes?

—Así es.

—¿Y dónde están ahora los ocupantes de las naves?

—Están en los refugios, porque también ellos se han visto impotentes para exterminar a los yik. Todos estamos viviendo ahora en los refugios, hemos abandonado las ciudades, todo. Si no encontramos pronto una solución pereceremos todos, y finalmente el planeta morirá.

—Para los de la Tierra —murmuró Adam—, Marte es un planeta muerto hace muchos millones de años. Bueno, ¿sabes lo que son años?

—Es una de vuestras medidas de tiempo. Lo he aprendido, como el idioma, de los ocupantes de vuestras anteriores naves.

—¿De dónde son las otras naves?

—De diferentes puntos de nuestra galaxia, y de galaxias más lejanas. Hay seres... que os sorprenderán, en los refugios. Nosotros, los marcianos, tenemos un patrón de vida física parecido a la vuestra, pero hay otras muchas manifestaciones de vida.

—A nosotros nos gustaría, en primer lugar —

intervino Orson—, ver a los terrestres que nos precedieron.

—Los veréis. Yo he venido a recogeros porque sé que Martio deja siempre en esta llanura cerca de Kiok señaló la ciudad silenciosa— las naves que captura, para que sus ocupantes comprendan la situación. Por el momento lo conveniente es marcharnos, antes de que aparezca algún yik.

—¿Qué es un yik? — preguntó Rachel.

—Ya los veréis —murmuró Suna—. Venid todos a mi nave, y nos alejaremos de aquí.

—Avisaré a los demás —asintió Teddy.

—¿Adónde piensas llevarnos? —inquirió Adam.

—A un refugio. Oportunamente os pondré en contacto con los otros terrestres. No entreteneros ahora... Los yik saben cuándo Martio trae naves aquí, y es mejor que no os enfrentéis a ellos. Si tenéis algunas cosas que recoger, o productos de subsistencia, lo que sea, hacedlo cuanto antes.

Adam señaló la nave de Suna.

—-¿Viajas tú sola en esa nave?

—Claro que no.

—¿Y te has atrevido a acercarte sola a nosotros? ¿No has temido que pudiéramos lastimarte?

Suna sonrió, y pareció totalmente que su rostro con luz de bronce todavía se iluminaba más. Era tan insólita, y al mismo tiempo tan hermosa, que incluso Rachel se sentía fascinada. Era una belleza delicada y tierna, como trascendida de la simple belleza física. Adam Kinkaid parecía hipnotizado. Ni siquiera dejó de mirarla cuando tras él oyó el rumor de los demás terrestres abandonando la nave.

Junto a él, de repente, Adam oyó la voz de Rachel:

—Eres el ser más odioso que jamás he conocido, Adam Kinkaid. Pero me alegro por Norma, porque ahora le tocará a ella sentirse abandonada.

—¿Qué? — la miró Adam, todavía como ausente.

—¡Que puedes quedarte con esa... esa marciana!

Rachel se alejó del estupefacto Adam. Frente a él, Suna sonreía suavemente, mirándole, pero en seguida dedicó su atención al resto de los terrestres, que terminaron por dirigirse a Adam consultándole respecto a qué hadan en definitiva: ¿se quedaban en su nave o se iban con la marciana?

La decisión no la tomó Adam Kinkaid, sino tos yik.

El suelo retembló, hubo en la atmósfera un cambio de olor y el miedo apareció, claramente visible, en el rostro de Suna.

—¡Pronto! —exclamó—. ¡A la nave!

—¿Qué pasa? —gruñó Neverton—. ¿Qué olor es ese y qué...?

—¡Son los yik! ¡Pronto, pronto, a la nave!

—Pero ¿qué demonios son los yik? Yo huelo como a... a...

La boca de Will Neverton quedó abierta, desencajada casi. Su rostro quedó demudado, viendo lo que, de pronto, apareció en la llanura al otro lado de la ciudad silenciosa.

CAPITULO IV

Fue como si, en una pesadilla horripilante, una docena de cobras se irguiesen silbando a los pies de la cama del durmiente.

Doce o quince cabezas, semejantes a las de las serpientes cobra de la Tierra, pero grandes como el cuerpo de un elefante, aparecieron por encima de los rojos edificios, y en seguida un largo cuello escamoso que parecía arrastrar un cuerpo de iguana, todo del color más sobrecogedoramente negro y de una pestilencia espantosa.

Con todo, lo más espantoso de los gigantescos

seres era la cabeza y, en ella, la boca, que se abría como una sima negra y roja, y los ojos de un negror transparente y hendidos por una raya roja que sugería fuegos infernales.

Las cabezas rebasaron pronto la ciudad, y las enormes patas pasaron también por encima, algunas de ellas posándose sobre edificios que aplastaron como si fuesen papel seco. En un instante, la ciudad silenciosa y abandonada quedó cubierta por los enormes yik, que pasaron por encima metiendo sus garras pavorosamente uñadas en todas partes, desgarrando los edificios y efectuando tremendas perforaciones en el suelo. Las lenguas, negras con estrías rojas, aparecían y desaparecían. Los ojos parecían lanzar fuego. El suelo temblaba con una violencia increíble, todo vibraba, los edificios caían, se alzaba polvo rojo.

Todo el entorno parecía sometido ahora a un tremendo tronar de mil tormentas, y el resplandor rojo que estaba en todas partes sin parecer provenir de ninguna se oscureció, absorbido en parte por la negra epidermis escamosa y córnea de los yik.

El incrédulo terror era tal en los terrestres que ninguno acertaba a moverse, seguían mirando los yik como paralizados..., hasta que se oyó e) histérico alarido de Norma Clayton:

—¡Tenemos que marcharnos!

Daniel Abercrombie sacudió la cabeza y echó a correr hacia la nave de Suna, la cual caminaba ya en aquella dirección y fue rebasada. Los demás imitaron en el acto a Abercrombie. Adam tomó de una mano a Rachel, que no rechazó su ayuda, y tiró de ella, corriendo ambos juntos hacia la nave. Detrás de ellos todo temblaba, las uñas de los yik abrían grietas enormes. Se desplazaban a tal velocidad que parecía imposible que tuvieran tiempo de llegar a la nave y despegar antes de ser alcanzados.

Y quizá habría sido así si no hubiera aparecido

Martio.

Para los terrestres, aquélla fue una vivencia aterradora y fascinante, algo que jamás habrían de olvidar mientras vivieran.

El suelo tembló todavía más, y la iluminación ahora rojo oscura adquirió unos nuevos tintes sobrecogedores tendentes al verde. La gigantesca mole del robot Martio apareció corriendo hacia el lugar. Era algo tan descabellado todo que, dentro de la nave ya, los terrestres, colocados ante el visor directo al exterior, ni siquiera prestaban atención a los marcianos que ocupaban la sala de controles. Ni siquiera se dieron cuenta de que la nave se alzaba y emprendía veloz fuga.

Atrás quedó Martio, enorme, diez veces más grande que un yik, uno de los cuales coleaba bajo uno de sus enormes pies desnudos. Con ambas manos, el robot había agarrado otro yik y lo retorcía como una prenda de ropa que se quisiera escurrir antes de tenderla para el secado; al mismo tiempo, tiraba fuertemente con sus manos, separándolas, hasta que separó la cabeza y parte del cuello del cuerpo del yik; por el tremendo boquete brotó un caudal de sangre negra que salpicó en cientos de metros a la redonda.

Martio arrojó lejos el cadáver del yik, reventó la cabeza de otro de un golpe, machacó la del que tenía bajo un pie, y agarró otro con una mano, lo volteó por encima de su cabeza, y lo arrojó a increíble distancia. Agarró a otro, le partió la espina dorsal, y sujetándolo por el cuello lo utilizó como maza para golpear a los demás yik que le atacaban...

—Por el... amor... de Dios —tartamudeó Charly Delmare—. ¡Esto no puede ser real!

Nadie le contestó. La atroz escena del combate entre el gigante verde del solitario ojo rojo y los temidos yik era algo que los tenía con el vello erizado. La nave, ahora a una altura que no podía ser

alcanzada por los yik, ni siquiera por algún movimiento casual de Martio, sobrevolaba la escena, y la visión era tan horrorosa que finalmente Neverton exclamó:

—¡Van a despedazar a ese robot!

—No —aseguró Suna—. Nunca los yik han podido vencer a Martio. El terminará con ellos. Siempre es así, pero por cada yik que Martio extermina nacen cien, así que pronto Marte morirá, desaparecerá.

—¿Qué quiere decir *desaparecerá*! —gruñó Abercrombie.

—Será devorado por dentro por los yik, y finalmente se resquebrajará, se convertirá en polvo o en fragmentos pequeños que se perderán en el cosmos. Ni siquiera escondiéndose en el interior del planeta hemos conseguido escapar de ellos; siempre nos han buscado, siempre nos han exterminado, y con nosotros todo cuanto hay en el planeta..., empezando por el planeta mismo.

—¿Como los gusanos una manzana?

Suna parpadeó, y luego se quedó mirando desconcertada a Daniel Abercrombie.

—No entiendo el concepto — murmuró.

—Ya te lo explicaré. Pero en cualquier caso, no entiendo que unos... bichos como esos no hayan podido ser vencidos aunque sólo fuese por vuestra superior inteligencia. ¿O son ellos más inteligentes que vosotros?

—Ellos, no, pero sí sus amos, los Aa.

—¿Quiénes? —exclamó Adam, dejando de contemplar la lucha que Martio estaba resolviendo a su favor sin grandes problemas, allá abajo.

—Los Aa. Son marcianos, como nosotros —Suna señaló a su alrededor —, pero componen la otra raza complementaria. Hace mucho tiempo que los Aa decidieron exterminarnos a nosotros, los kivos, y consiguieron domesticar a los yik a su servicio. Estoy

hablando de cuando los yik eran de este tamaño, pero como veis han evolucionado.

Adam y Daniel contemplaban estupefactos la medida que había señalado Suna al decir «este tamaño»: según esa medida, los yik habían sido del tamaño de lagartijas alguna vez. Pero… ¿cuándo? ¿Cuánto tiempo hacía de eso?

—¿Y cómo son los Aa? —preguntó Adam.

—¿Queréis ver a los Aa? —preguntó uno de los marcianos.

Finalmente, todos dedicaron atención a los seres que ocupaban la sala de control de la nave de Suna. Parecidos a ésta, bellos, delicados, todos vestidos con suaves y holgadas túnicas, cada cual cumplía su cometido en la sala; algunos de ellos, sin embargo, no tenían cometido específico, al parecer, y Adam dedujo que eran una especie de soldados que componían la guardia personal de Suna…

Abercrombie aseguró que les gustaría mucho ver a los Aa. Uno de los soldados de protección de Suna señaló un sistema de pantallas, al que todos dedicaron inmediatamente su atención. En las pantallas aparecieron las imágenes de los Aa, y la incredulidad cundió en los viajeros del planeta Tierra.

Aquello no podía ser posible. ¿Cabía admitir la maldad en los seres que estaban viendo en las pantallas informativas de los kivos de Marte? Sin embargo debía ser cierto, puesto que los videos mostraban a los Aa en compañía de los yik, paseando a lomos de ellos por las llanuras y en diversos momentos y actitudes que implicaban un perfecto entendimiento…

Los seres de las pantallas eran tan hermosos como los kivos, y se diferenciaban de éstos básicamente en el color de sus ojos, que eran más oscuros, hasta rozar el negro, y en que tenían vello en el cuerpo y la cabeza; un vello fino y dorado que parecía de oro con

cierta tonalidad roja, como toda aquella luz, que se esparcía por el interior del planeta. Por lo demás, sus facciones, sus frentes, su apostura, la nobleza de su mirada los definía como seres dotados de nobleza y de condiciones superiores.

Abercrombie preguntó:

—¿Llamáis a los Aa raza suplementaria? ¿Por qué?

—-Porque siempre estuvieron sometidos a nosotros, los kivos.

—¿Sometidos? ¿Quieres decir a la fuerza?

—¡Eso nunca! —exclamó Suna—. Los Aa siempre nos necesitaron y, así, era lógico que estuvieran sometidos a nosotros, pero no a nuestra fuerza, sino a nuestra bondad y enseñanzas.

—¿Vuestras enseñanzas? —Daniel volvió a mirar las imágenes de los Aa, que no cesaban de aparecer en las pantallas—. Me da la impresión de que los Aa no necesitan aprender grandes cosas de nadie.

—Si te refieres a su inteligencia natural, tienen mucha, en efecto. Pero son seres de carácter apático, carentes de iniciativa y siempre nos necesitaron a nosotros para su evolución en todos los órdenes. En estas circunstancias, lógicamente, los kivos debían tener siempre una preponderancia sobre los Aa, hasta que éstos se cansaron de depender tanto de nuestras iniciativas y se rebelaron. De repente, recurriendo a los yik, que habían estado amaestrando en secreto, nos atacaron directamente a nosotros y con ello comenzó la decadencia del planeta, y fue necesario que nosotros nos refugiáramos en su interior. Pero hasta aquí nos persiguieron los yik, abriéndoles camino a los Aa en su persecución. Todos abandonamos la superficie del planeta, que entonces era hermoso y fértil.

—¿Hermoso y fértil? —exclamó Charly— ¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Casi tres millones de años.

—¡Cielos! — Rachel se llevó las manos a la cabeza—, ¿Qué estaba haciendo el hombre terrestre hace tres millones de años?

—Creo que inventando el baseball —dijo Will Neverton.

—¡No es momento de bromas, Will!

—¿Por qué no? —encogió los hombros el piloto —. Partimos de la Tierra no hace ni un mes, y ahora estamos dentro de Marte escuchando la más fantástica historia que pudiéramos imaginar respecto a sus habitantes, divididos en dos grados, Aa y kivos, tos primeros de los cuales amaestraron lagartijas que ahora son más grandes que dinosaurios de la Tierra y que se dedican a destruir todo cuanto se pone a su paso, empezando por los kivos, claro está. ¿Y qué hacen éstos para intentar solucionar el problema? Pues se esconden en refugios y fabrican un robot llamado Martio, que al parecer es la única «criatura» capaz de vencer a los yik, y que para que le ayuden no recurre a los propios asustados kivos, que tienen naves y armas de combate, sino que de cuando en cuando siempre que se entera de que una nave o satélite pasa cerca de Marte sale a la superficie, se esconde y en cuanto tiene a su alcance a la nave la agarra y la mete en un agujero del planeta, donde las va coleccionando. ¿Esto no parece una broma?

—Parece una broma dicho así —gruñó Abercrombie—; pero, evidentemente, no lo es.

—De acuerdo —asintió Neverton—, vamos a tomárnoslo en serio; ¿qué hacemos?

—Habría que pensar en ello —dijo Adam— Aunque no sé qué podemos hacer nosotros. Sólo somos un grupo de chiflados que han venido a Marte a ver qué ocurría con las naves y satélites que se perdían.

—Eso ya lo sabemos ahora —dijo Charly—, pero no podemos comunicarlo a la Tierra, porque ni podemos regresar con la nave tal como está ahora, ni

podemos utilizar sus sistemas de comunicación, que están hechos papilla.

—Podríamos repararlos —dijo Abercrombie—. Todo depende de la clase de material de repuesto que nos procurases.

—Se podría intentar —dijo Delmare—, pero me pregunto qué les parecerá la idea a los yik y a los Aa. Si volvemos ahí abajo aparecerán más bichos de esos y nos aplastarán como si fuésemos huevos.

—Estáis todos olvidando una cosa —dijo de pronto Adam—, ¿está dispuesta Suna a que nos comuniquemos con la Tierra y expliquemos lo que ocurre?

Todos miraron a la bella marciana, que sonrió y movió negativamente la cabeza.

—No —dijo con su melodiosa voz—, porque en cuanto en la Tierra se enterasen de que Marte está habitado en su interior querrían venir en visita que terminaría por ser de colonización… y francamente los kivos ya tenemos suficiente con los Aa y los yik.

—Hay más de cincuenta naves ahí abajo —dijo Adam—, no sólo de la Tierra, sino de otros lugares, de otros mundos y galaxias. ¿Las vais a retener a todas? ¿Impediréis que regresen a sus planetas los ocupantes de todas esas naves?

—Eso sería una divertida broma por parte de un robot llamado Martio —dijo Neverton—. ¡Toda una broma!

—Vamos a alejarnos de aquí —dijo Suna—. Las reacciones de Bonok son siempre peligrosas.

—¿Quién es Bonok?

—El rey de los Aa Es un ser… espantoso —Suna se estremeció fuertemente—. ¡Espantoso!

—¿Quieres decir que es diferente a los restantes Aa?

—No, no en líneas generales, pero es… especial Os deseo que nunca conozcáis a Bonok, porque…

—Eso ya no va a ser posible —dijo uno de te

marcianos—. Llega Bonok, a defender o vengar a sus yik. Voy a ordenar una llamada general de socorro a nuestras naves que se hallen más cerca de la zona. Suna, será mejor que lleves a los terrestres a la cápsula de seguridad.

—¿Eso qué es? —preguntó Adam.

—Lo que su nombre indica: una cápsula de seguridad, o mejor dicho de supervivencia, que utilizamos cuando tememos que la nave va a ser destruida; la cápsula inventada y construida hace muy poco por nuestros técnicos, es indestructible y tiene capacidad para la tripulación normal de una nave de combate.

—Pero si nosotros la ocupamos, algunos de vosotros no podréis protegeros del exterminio...

—Nosotros vamos a escapar —dijo el marciano—, ya hemos pedido ayuda a las hembras-soldado, y ellas se encargarán de hacer frente a Bonok mientras nosotros nos ponemos a salvo.

—¿He oído bien? —exclamó Orson Rice—. ¿Las mujeres luchan mientras los hombres escapan?

—Esa es otra historia —dijo Suna—. ¡Venid a la cápsula de seguridad! ¡Presenciaremos el combate en sus pantallas!

La cápsula de seguridad estaba en la cúpula de la nave, a la que ascendieron por un conducto neumático que luego fue cerrado herméticamente. Suna se encargó inmediatamente de conectar las pantallas informativas del exterior, distribuidas de tal modo que abarcaban todo cuanto sucedía alrededor de la nave.

Vieron ahora las naves de Bonok, que disparaban contra Martio, el cual lanzaba furiosos manotazos que alcanzaban de cuando en cuando alguna nave y la hacia desaparecer envuelta en una breve humareda de desintegración.

—Ese robot es increíble —murmuró Abercrombie —. No comprendo por qué no habéis construido más,

con lo eficaz que resulta en la lucha contra los yik e incluso contra naves de combate.

—La idea fue construir un prototipo y luego muchos más robots, pero desistimos de ello al ver los resultados obtenidos con Martio; su fabricación fue demasiado perfecta y significó tanto esfuerzo que no estamos capacitados para construir más con la rapidez que sería de desear. Por otra parte, Martio está creando problemas con su mente independiente, hemos perdido casi todo control sobre él, y no nos pareció prudente desgastarnos todos los kivos en la construcción de robots que finalmente no podríamos controlar.

—Muy razonable —admitió Daniel—, pero el hecho cierto es que ese robot está haciendo hasta ahora todo el trabajo, así que si tuvierais mil más como él terminaríais con los yik y los Aa.

—Para cuando tuviéramos terminados mil robots como Martio las yik serían tantos que ya no tendríamos posibilidad de conseguir nada. Es más, ya no tendríamos tiempo de construir tantos robots; estamos destinados a perecer bajo los Aa y sus yik.

—¿No habéis intentado dialogar con los Aa, establecer un acuerdo pacífico? —sugirió Adam.

—Muchas veces, pero se niegan incluso a escucharnos. Todo lo que quieren es exterminarnos para siempre.

Los terrestres quedaron silenciosos e impresionados por la lucha que estaba sosteniendo Martio con las naves de Bonok, parecidas en la forma a la de Suna, aunque quizá un poco más pequeñas. De repente aparecieron unos rutilantes puntos resplandecientes en la distancia, y Suna los señaló en las diversas pantallas.

—Llegan nuestras naves. Martio podrá marcharse, pues por ahora todavía somos superiores a los Aa en ese sentido.

—Pero… ¿vuestros soldados son mujeres? —

preguntó
Norma Clayton—. ¿Cómo es eso posible? En esta nave yo he visto...

—En esta nave va mi guardia personal masculina, seleccionada, además, entre los varones estériles del planeta, así que su muerte no tiene un gran significado para el futuro de Marte.

—¿Tampoco tiene significado la muerte de las hembras- soldado? —se mosqueó Rachel.

—Hay suficientes hembras para que podamos perder unos cuantos miles en combate. Son varones lo que faltan.

—Faltan... ¿para qué?

—Para fecundar a las hembras más selectas.

—Tengo la impresión —sonrió de oreja a oreja Adam Kinkaid, mirando a Rachel y a Norma— de que vais a llevaros una sorpresa y un disgusto si continuáis interrogando a Suna.

—La cuestión es muy simple —dijo la marciana, con la atención puesta en las naves que se iban acercando velozmente—; en Marte ya casi no quedan varones aptos para la procreación, de modo que los que quedan están reservados exclusivamente para tal fin, ése es su único cometido actual. Mientras tanto, las mejores hembras son destinadas asimismo a la procreación, y las menos fértiles ocupan los puestos de combate y de producción. Sin embargo, la mayoría están en condiciones de gestantes escondidas en cuevas inaccesibles para los Aa y sus yik. Si no hiciéramos esto hace ya mucho tiempo que los kivos habríamos desaparecido de Marte.

—Si no he entendido mal —dijo Neverton—, los varones del planeta los destináis a la procreación, es decir, que se pasan el tiempo ocupados en eso con las hembras más selectas.

—Así es. Millones de hembras que todavía quedan no tienen más cometido que ése: tener hijos continuamente a fin de que la raza de los kivos no

desaparezca.

Neverton se pasó una mano por la barbilla, con cómico gesto que quería parecer profundamente reflexivo.

—¿Y no necesitaríais ayuda en ese sentido? —inquirió.

—Martio sabe que sí —sonrió de pronto Suna—, y es por eso que caza todas las naves que puede, para que sus ocupantes se integren en la labor de mantenimiento del censo de los kivos. Pero, fatalmente, hasta el momento ningún ser de las naves extramarcianas ha sido considerado apto para la procreación con nuestras hembras, no sólo por sus condiciones genéticas, sino por su aspecto, tan diferente del nuestro, lo que daría lugar a una... deformación racial que no deseamos en modo alguno. Solamente los terrestres han sido considerados aptos, por vuestro parecido con nosotros.

—¡No me digas! Entonces... ¿yo os sirvo?

—¿Por qué no? —sonrió de nuevo Suna—. Eso es lo que están haciendo los terrestres que llegaron antes que vosotros a Marte.

El pasmo fue total entre los terrestres. Hasta que Adam soltó una incontenible carcajada y exclamó:

—¿Qué os parece? ¡En la Tierra todos sufriendo por la suerte de los ocupantes de las naves desaparecidas, y ellos aquí dedicados a hacer el amor todo el tiempo!

—Nada, lo dicho —farfulló Neverton—; yo me quedo en Marte.

—¿Vivo o muerto? —señaló Delmare las pantallas':

En éstas se veía la tremenda lucha que se estaba librando entre las naves de los kivos y los Aa. Martio había desaparecido en el horizonte de la gran llanura, y ahora, envueltas en el resplandor rojo, quedaban las naves de uno y otro bando

destruyéndose ferozmente. Dentro de la cápsula posiblemente estuviesen a salvo, pero afuera todo era un pavoroso incendio de explosiones brevísimas, tras las cuales no quedaba- ni un rastro de las naves alcanzadas por los disparos enemigos.

Y lo más sobrecogedor de todo era que no se oía sonido alguno, que todo sucedía en silencio. En un silencio nunca mejor llamado de muerte. Aparecían las estrías cárdenas de los disparos, se desintegraban las naves, pero no se oía nada...

—No creo que esto tenga ningún interés —dijo Suna— ¿Os parece bien que nos alejemos?

Los terrestres asintieron, y Suna pasó la orden a la sala de control de la nave por el conducto idóneo. Inmediatamente se produjo tan veloz desplazamiento de la nave que la zona de combate desapreció de las pantallas. Suna las apagó, y dijo:

—Pronto os convenceréis de que los terrestres que os procedieron están en perfecto estado.

—¡Toma, y quién no, sin otra cosa que hacer que darle gusto al sexo todo el tiempo! —exclamó Neverton.

—¿Y tú? -preguntó recelosamente Rachel, irritada por la admiración que veía en los ojos de Adam hacia la marciana—. ¿También estas dedicada a la procreación, debemos entender que te hayas gestante?

—Yo no, porque debo encontrar el varón adecuado para mí, a fin de procrear un kivo digno de suceder a Vikerio.

—¿Y quién es Vikerio? — preguntó Norma.

—Vikerio es mi padre, el rey de Marte.

CAPITULO V

Vikerio era en verdad especial, comparado con

los demás marcianos que fueron encontrando en las grutas donde se habían refugiado los kivos; los había muy hermosos, pero sin duda Vikerio era especial, más alto y de aspecto más imponente; en su barbilla parecía tener algo que podía recordar el rojizo, casi dorado vello de los Aa.

Recibió a los terrestres en una gruta donde se había instalado con cientos de hembras y soldados estériles, y una vez enterado del cometido de la expedición comandada por Adam Kinkaid movió la cabeza y dijo:

—Comprendo vuestro deseo, pero lamentablemente ya nunca podréis abandonar Marte.

—¿Es imposible reparar nuestra nave? —preguntó Charly.

—Desde luego que no. Estamos viviendo en grutas, pero seguimos disponiendo de todos nuestros recursos técnicos y científicos, que fueron trasladados a su debido tiempo y se hallan perfectamente atendidos y en evolución. Pero ya Suna os explicó los motivos por los que retenemos a todo visitante: no queremos que se sepa que existe vida, progreso y riquezas en Marte. ¡Ya tenemos suficientes problemas y preocupaciones con los Aa!

—Es decir, que eres tú quien decide el futuro de nuestras vidas, negándote a facilitarnos ayuda para la reparación de nuestras naves — masculló Adam.

—Así es. Y no hay más que hablar. Por lo demás, no sufriréis mal alguno, y podéis incorporaros a nuestro ciclo de reproducción. Ya hemos tenido ocasión de comprobar que los vástagos nacidos de marciana y terrestre son un fruto más que aceptable. Vuestros coplanetarios nos han proporcionado ya miles de nuevos kivos de los cuales nos hallamos altamente complacidos.

—Es decir, que o nos convertimos en sementales para vuestros millones de mujeres actualmente a la expectativa, o nos dedicamos a vegetar en estas

grutas hasta morirnos de puro aburrimiento.

—Es vuestra elección. Podéis retiraros.

—Me parece que tu padre no es muy amable —dijo Adam, mirando a Suna.

—El es quien manda en Marte — sonrió la muchacha—. Hace mucho tiempo que apenas nacen varones en Marte y su principal cometido en la actualidad es conseguir la nivelación de sexos, a fin de que en el futuro la población se mantenga estable sin esfuerzo. A vosotros puede pareceros que Vikerio es duro e inflexible, pero para los marcianos es un buen rey.

—No tanto —refunfuñó Daniel Abercrombie—. Si tanta falta hacen los varones aquí, ¿por qué no llegáis a un acuerdo con los Aa?

—Con los Aa se ha intentado todo —dijo adustamente Vikerio—, y se han negado siempre a cualquier clase de entendimiento con nosotros. Incluso en el procreativo. El problema de ellos es al revés: tienen una población de varones excesiva, y la de hembras es a cada instante más escasa. Sin embargo ni aceptan negociación alguna de paz, ni relaciones intersexuales con fines demográficos, ni nada que signifique el cese de nuestro antagonismo.

—Pues en la Tierra —dijo Neverton—, en una situación como ésta, lo que harían los kivos sería secuestrar todas cuantas hembras vuestras pudieran para pasarlo bien, dejando aparte que se las quedasen para obtener en su ambiente más Aa. Así que, francamente, no os comprendo. ¿Tú entiendes algo de todo esto, Teddy?

—¿Por qué él? — preguntó Norma.

—Porque quizá telepáticamente reciba información más sustanciosa que le permita comprender la situación.

—Es todo tal como han explicado de palabra —murmuró el joven Murray.

—Podéis retiraros —insistió Vikerio—. Ya me

comunicaréis vuestra decisión.

Abercrombie se quedó mirando fijamente a Vikerio cuando preguntó:

—¿Qué me ofreces a cambio de una solución a vuestros problemas? De *todos* vuestros problemas.

—¿Tienes la solución? —concentró en él su mirada

Vikerio.

—Puedo empezar a pensar en ella, y estoy seguro de que encontraré algo conveniente. ¿Qué me ofreces a cambió?

—¿Qué es lo que deseas?

—La libertad para regresar a la Tierra. Vuestra ayuda para reparar todas las naves y la libertad para todos aquellos que deseen abandonar Marte.

—No —rechazó Vikerio—, nadie podrá marcharse de Marte. Retiraos ahora. Tú no, Adam Kinkaid. Suna me ha dicho que te desea como padre de mi descendencia. No he tenido hijos varones, pues la raza marciana está maldita hace mucho tiempo en ese sentido, apenas nacen hijos varones... Esperamos que con vuestra aportación pueda cambiar esa deficiencia. Dame un varón que me suceda para seguir cuidando de los kivos y podrás pedirme lo que quieras.

—Vete al huevo —masculló Adam.

—¿Qué?

—Ya, ya. No entiendes el concepto, ¿eh?

—No, no lo entiendo.

—Quiero decir que te vayas a freír espárragos y que...

¡Oh, maldita sea, quiero decir que no voy a embarazar a tu hija!

—¿Por qué no? —Porque no me da la gana.

—En absoluto. Pero deja que seamos ella o yo, o los dos, quienes decidamos lo que queremos hacer, ¿de acuerdo? —No entiendo el concepto.

—Bueno, pues ve pensando en busca de

soluciones. Adiós, Suna.

—Adiós —murmuró la bellísima marciana.

* * *

—No te comprendo —dijo Rachel—. ¡Te has pasado el viaje intentando quedarte a solas con Norma para hacerlo también con ella, y ahora que puedes gozar con esa hermosa marciana la rechazas a riesgo de ofender a su padre el rey del planeta Marte!

—Pues si no lo entiendes yo no te lo voy a explicar.

—¿Por qué no?

—Porque no me da la gana. O sea, por lo mismo que no he querido acostarme con Suna, por decirlo de un modo delicado. Y voy ha hacerte una sugerencia, basada en la necesidad de marcianitos que tienen en este lugar: ¿por qué no te dedicas a tener niños con uno de los pocos marcianos que se dedican exclusivamente a esto? Estoy seguro de que Vikerio

—¡Adam! ¡Eres odioso!

—Está bien —murmuró Adam, tras un titubeo—, ¿quieres que te diga por qué te he estado fastidiando con mis inclinaciones hacia Norma?

—¡Sí!

—Muy bien. Pues lo he estado haciendo porque deseo destruir tus nociones arcaicas y egoístas sobre el sexo propio y ajeno. ¿Sabes?, todos los seres vivientes tienen sexo, de un modo o de otro. Pero parece que en ti eso sea un privilegio especial, en honor al cual yo debo estar sometido a tus deseos. Rachel, eso es algo ancestral que fue superado hace mucho tiempo, pero que en ti persiste o ha rebrotado. Y quiero que lo entiendas: tu sexo no va a determinar mi conducta presente ni futura, no puedes presionarme con él o por medio de él, y he

querido que lo entiendas demostrándote que hay otros sexos, y que puedo tener el que quiera o cuantos quiera sin necesidad de someterme. El sexo es una parte de mi cuerpo, no como tú pareces creer el centro decisorio de mi vida. Así que, hasta que lo entiendas, haré el amor con Norma y con quien me dé la gana. Hasta luego.

Adam Kinkaid abandonó el aposento de una de las miles de grutas en las que los kivos se protegían de la furiosa búsqueda sistemática de los yik, cuyo tamaño les impedía acceder a los pasadizos elegidos.

En otro aposento cercano encontró a Teddy Murray, sentado, como meditando. Pero el muchacho abrió los ojos y le sonrió.

—Vaya tormenta, ¿eh? —dijo, divertido.

—Vete al demonio, espía infame —gruñó Adam —. ¡Y haz el favor de no buscar comunicación telepática conmigo!

—En algo he de distraerme. ¿Sabe con quién estoy simpatizando mucho, Adam?

—¿Con quién?

—Con Martio. Está en una llanura no muy lejos de aquí, y me envía sus expresiones de afecto.

—Teddy, Martio es un robot.

—Lo sé, pero me ama

Adam soltó un bufido.

—¿Qué sabes de los demás? ¿Qué hacen, dónde están?—Tengo una sorprendente noticia para usted. Bueno, quizá incluso le resulte desagradable. Vamos a ver, Daniel está ahora intentando entenderse con unos cuantos científicos marcianos; Charly y Will están haciendo el amor con dos bellas marcianas mientras otras muchas aguardan tumo.

—Bien. ¿Y Norma y Orson?

—Esa es la noticia sorprendente o desagradable. Ha surgido un súbito sentimiento de enamoramiento entre ellos, y están haciendo el amor desde hace yo qué sé el tiempo, porque he perdido la noción

completamente.

—Estupenda noticia —sonrió Adam.

—¿De veras?

—De veras. Pero, por favor, no se lo digas a Rachel. ¿Cuento con ello?

—Seguro. ¿Va en busca de alguna marciana?

—Iba en busca de Daniel —frunció el ceño Adam —, pero si está comunicándose con los científicos marcianos prefiero no molestarle. Se me está ocurriendo algo... nuevo. ¿Realmente puedes comunicarte con el robot?

—Estamos intercambiando sensaciones de afecto —sonrió Teddy.

—¿Podrías... citarte con él en alguna parte?

—¿Citarme? Todo lo que tengo que hacer es dejar puesto el... contacto con su mente robótica, y el uno acudiremos al encuentro del otro como si fuésemos el imán y el hierro.

—Teddy —Adam se sentó junto al muchacho—, ¿realmente crees que se puede establecer una... comunicación efectiva y razonable entre tú y ese robot?

—No entiendo cómo han construido a Martio —susurró Teddy—, pero él piensa y decide con sus circuitos.

—Entonces vamos a reunimos con él. Tenemos que proponerle algo. Concéntrate en ese contacto con él mientras voy a buscar unas cuantas raciones de campaña por si tenemos que permanecer lejos de aquí algún tiempo.

—¿Adónde vamos a ir?

—Tú cítate con tu amigo Martio.

* * *

Estaban esperando haría poco en la inmensa llanura a la que habían accedido desde las profundas

grutas, cuando el suelo comenzó a temblar, y el rojo resplandor que los envolvía comenzó a adquirir unas ciertas tonalidades verdosas.

—Se acerca Martio — dijo Teddy.

—El maldito cabrón —mascullo Adam—. Si no hubiera sido por su maldita manaza quizá ahora nosotros estaríamos en la superficie de Marte convenciéndonos de que no había nada en este planeta, y preparando la vuelta a la Tierra,

—¿Qué tiene de malo Marte? —sonrió el joven.

—Que no es la Tierra.

—De acuerdo, pero aquí estamos teniendo unas vivencias extraordinarias en todos los órdenes, ¿no es cierto? En cuanto a mí personalmente, mis facultades telepáticas se están desarrollando como si fuesen... músculos de un gimnasta empedernido. Normal, considerando el gran poder telepático de los marcianos en general. Y respecto a Martio, es... como una fuerza desarrolladora de telepatía. Es algo increíble, Adam. No sé a los demás, pero a mí este viaje me ha desarrollado enormemente, y todavía me desarrollará más.

—¿Y de qué te servirá si jamás volveremos a la Tierra?

—Oh, sí que volveremos.

—¿Cómo lo sabes? —le miró vivamente Adam—. ¿Has hablado de esto con Vikerio, o con Suna?

—No. Me lo ha comunicado Martio. El sabe que volveremos, del mismo modo que sabe que los problemas de Marte sólo pueden solucionarlos los terrestres. Es por eso que hace ya muchísimo tiempo dejó de interesarse por las naves de otras galaxias que han estado visitando Marte en la superficie, y se ha concentrado en el... secuestro de naves terrestres. Martio sabe que nosotros somos la salvación de Marte. Por eso nos secuestra... y nos quiere.

—Especialmente a ti.

—Sí, eso es cierto.

—Ya. Bueno, creo que ahí llega.

El resplandor verdoso era ya muy intenso. La cabeza de Martio apareció en el horizonte, con su pavoroso ojo rojo y su enorme boca, sus descomunales orejas.

—Me pregunto de dónde sacó Suna el modelo para Martio —refunfuñó Adam.

—Simplemente, quiso hacerlo diferente a los marcianos.

—¿También sabes eso?

—Le diré una cosa, Adam —rió el muchacho—; cuando haya algo que ignore y que precise saber con fidelidad y urgencia, no deje de recurrir a mí.

—¿Sí? Pues hay algo que quiero saber en este mismo instante: ¿qué va a hacer con nosotros tu «amigo» Martio?

—Lo que yo le pida —aseguró Teddy.

Martio se iba acercando, su mole se iba cerniendo sobre ellos sin crear sombra, pero á provocando aquel resplandor verdoso de su piel artificial reflejando la luz roja. Era una mezcla de colorido lumínico impresionante.

Todavía se hallaba Martio a casi un kilómetro de ellos cuando se inclinó, depositando su mano izquierda en el suelo, con la palma hacia arriba. Teddy señaló una grieta en la rugosa piel del robot, y se encaramó a ella. Adam hizo lo mismo. La impresión de ambos fue tremenda cuando el robot alzó la mano, elevándolos en un instante a kilómetro y medio de altura. Extendió la otra mano, y desde la grieta Teddy y Adam se deslizaron a la palma. El impresionante ojo del robot marciano se acercó, la enorme pupila negra se contrajo. Los dos terrestres se vieron reflejados en ella como en un tenebroso espejo, en cuyo fondo existieran simas indescriptibles.

Adam Kinkaid tragó saliva, y eso fue todo. La idea pasó por su mente: Martio sólo tenía que abrir la

boca y mover la mano echándolos dentro y desaparecerían para siempre...

—¿Qué desea usted de Martio?—Dile... o comunícale que deseo que capture con la mano una de las naves de los Aa, sin triturarla, sin matar a sus ocupantes. ¿Tiene él alguna posibilidad de comunicarse con los Aa?

—Martio es un emisor-receptor, Adam. Por supuesto que puede hacerlo, aunque hasta ahora esas comunicaciones espontáneas con los Aa hayan sido siempre antagónicas, digamos un... intercambio de malos deseos.

—Bueno, pues yo deseo relacionarme con Bonok, y no con malas intenciones. ¿Puede él conseguir o proporcionar un encuentro entre Bonok y yo?

—Imposible. Todo tiene un límite. En sus programaciones, uno de los mensajes más fuertemente impresos es del antagonismo con Bonok y los yik.

—Es decir, ¿que siempre extermina a los Aa y los yik? Quiero decir, ¿no podría, simplemente, capturar una nave de Bonok, averiarla y dejarla en algún lugar donde nosotros pudiéramos ir para relacionarnos con sus ocupantes?

Teddy Murray cerró los ojos y se concentró. A los pocos segundos abrió los ojos como sobresaltado, y exclamó:

—¡Algo extraño ha sucedido, Adam! ¡He perdido el contacto con la mente de Martio! ¡Es como... como si hubiera quedado desconectada!

La mano derecha de Martio se alejó del cuerpo, quedó con la palma hacia arriba, con los dos terrestres como dos diminutos bichitos en ella. El robot había quedado inmóvil y, por más que lo intentó, Teddy Murray ya no consiguió comunicación alguna.

De repente, una nave apareció en el horizonte, lanzando destellos rojos, y en un instante llegó y se

posó en la palma de la mano de Martio, muy cerca de Adam y Teddy. La rampa apareció en su base, y dos marcianos aparecieron, apuntando con armas no vistas hasta entonces por los terrestres a éstos.

—Me parece que nos están invitando a abordar su nave —murmuró Murray.

—Eso hasta yo lo he comprendido, sin ser telépata —gruñó Adam.

—¿Qué hacemos?

—Buena pregunta. ¿Qué demonios podemos hacer, si no obedecer? O eso o provocar que nos disparen con esos artefactos. ¿Qué prefieres?

—Volver a la Tierra —sonrió el joven Teddy.

—No sé por qué, amiguito, me parece que tu amigo Martio te ha estado tomando el pelo. En fin, vamos allá, y que sea lo que los marcianos quieran.

CAPITULO VI

La nave, que se había introducido en la enorme complejidad de las grutas del interior del planeta, se posó finalmente en un lugar donde la iluminación era más tenue en su tono rojo y adquiría una cierta coloración dorada. El ámbito era enorme, parecía imposible que dentro de las grutas pudiera haber una llanura de tal extensión. El suelo, rojo, aparecía sorprendentemente liso y bien extendido, formando diferentes dibujos de diferentes extensiones. Por un instante, a Adam le recordó las grandes extensiones terrestres dedicadas a la agricultura.

Muy cerca del lugar donde se había posado la nave había una construcción asimismo de tono rojo suave, con ciertos tonos dorados. En una terraza de esa construcción apareció Suna, radiante a aquella luz suave que no revelaba su procedencia.

Adam y Teddy desembarcaron acompañados de

los dos marcianos armados, que señalaron a Suna. Los cuatro se encaminaron hacia la terraza, donde Suna los recibió con una sonrisa que quería ser amable, pero que resultaba expectante y un poco desconfiada.

—¿Para qué querías relacionarte con Bonok? —preguntó lisa y llanamente, mirando con fijeza a Adam en cuanto éste se halló ante ella.

—¿Cómo sabes eso?

—Tocios los contactos que pasan por la mente de Martio son registrados en mis elementos de control del robot. Estos elementos funcionan unas veces sí y otras no, pero lo que nunca deja de imprimirse son las conexiones de la mente artificial de Martio con cualquier otro sistema emisor o receptor de ideas o pensamientos.

—Es decir, que sabías que nosotros queríamos comunicarnos con ese robot.

—Sí. Y ahora sé que también con Bonok. ¿Para qué?

—Pretendía intentar convencer a Bonok de que las buenas relaciones entre los Aa y los kivos sería una solución conveniente para ambos. Ellos carecen de hembras, vosotros carecéis de varones, vuestras razas son, por no decir la misma, afines... Tan afines que tu padre todavía tiene en su rostro un rastro de vello rojizo de sus ascendientes más o menos remotos de Aa ¡Es absurdo que no podáis llegar a un acuerdo amistoso!

—¡Lo hemos intentado muchas veces y de muchas maneras, y no lo hemos conseguido! Los Aa quieren exterminarnos, eso es todo.

—Tiene que haber un motivo... admisible.

—Nunca lo ha habido. Desde que domesticaron a los yik se lanzaron a una matanza de kivos en la que todavía insisten... e insistirán siempre. Todo cuanto se intente en busca de la paz y las buenas relaciones futuras es inútil. Y si nosotros no hemos conseguido

convencer a Bonok, ¿en qué basas tu pretensión de convencerlo tú?

—Simplemente, me gustaría escuchar la versión de Bonok.

—Lo cual significa que crees que quizá seamos nosotros, los kivos, quienes seamos los culpables de esa enemistad a muerte sostenida durante tantísimo tiempo, que quizá hayamos sido nosotros los que hayamos agraviado o lastimado de tal modo a los Aa que éstos no puedan perdonarnos jamás.

Adam Kinkaid permaneció en silencio, sin dejar de sostener la verde mirada de Suna. Esta hizo una seña a los dos marcianos armados, los cuales regresaron a su nave, que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Suna señaló la gran extensión ante ellos.

—Este es el corazón de Marte —susurró—. En este lugar se conservan las simientes de toda la flora que hace millones de años embelleció la superficie de nuestro planeta. Por culpa de los Aa, tuvimos que refugiarnos en el interior, dejando abandonada nuestra flora, que pereció por falta de cuidados y por tristeza ante nuestra ausencia. Las semillas se van reproduciendo sin planta y sin flor y cada vez más débilmente. Nuestras esperanzas de retornar a la superficie, donde la atmósfera es la adecuada para nuestra flora, se van agotando, y llegará el momento en que incluso las semillas morirán. Entonces, ya ni siquiera tendrá objeto volver a la superficie, y cuando eso ocurra los kivos, como nuestras simientes, comenzaremos a morir de pena, pues sólo la esperanza de volver a la superficie nos mantiene con un mínimo de ilusión de vida y nos impulsa a buscar la procreación sin cesar. Vosotros no sabéis qué luz tan diferente tenía Marte cuando la flora crecía en la superficie, y qué pura era su atmósfera y qué alegría había en el éter. Ahora, desde la Tierra y desde otros planetas y galaxias, incluso habéis

llegado a la conclusión de que Marte está muerto. Lo que era hermoso y vital ha sido considerado muerto. ¿Y crees que eso lo hemos provocado precisamente los que hemos perdido todo lo hermoso y alegre de nuestra vida?

Adam Kinkaid frunció el ceño y murmuró:

—Todo lo que he dicho es que me gustaría escuchar la versión de Bonok.

—Sea. Propiciaré tu encuentro con Bonok. Pero no digas que no te advertí, sea cual sea el mal que te sobrevenga, incluida la muerte. ¿Sigues deseando ese encuentro?

—Sí.

—Me ocuparé de ello. Esperad aquí.

Suna desapareció en el interior de la construcción. Cuando reapareció, Teddy estaba sentado en el suelo, encarado a la enorme extensión que se perdía en el horizonte cerrado, y Adam permanecía de pie, profundamente pensativo. Suna le tomó de una mano y le atrajo, llevándole silenciosamente al interior.

No había sistema de iluminación alguno, y sin embargo nunca dejaba de haber luz en cualquier parte en que se hallaran.

—Sé que Bonok te matará —susurró Suna—. ¿No querrías, antes de morir, dejar sembrada tu semilla de vida en mí, como último intento de salvar la dinastía de los kivos y así todo el planeta Marte?

—¿Por qué yo? —susurró Adam.

—Simplemente, porque he sentido amor por ti Presiento que en ti está la salvación de los kivos, de Marte. Pero además deseo sentirte en mí como varón.

Adam Kinkaid se quedó mirando a Suna. Era tan hermosa que la idea de relacionarse sexualmente con ella ya producía placer. Asió su túnica y se la quitó. La piel de Suna resplandecía tersa y densa. Sus senos eran un prodigio de perfección y turgencia. Adam miró su boca pequeña, delicada y jugosa, y ella

sonrió y se abrazó a su cuello. Su carne era tierna y elástica. Sintió el calor de su sexo.

—Aunque algún día te vayas —susurró Suna—, ya no importará, porque habrás dejado en mí tu semilla de reyes de Marte...

Adam Kinkaid se inclinó a besar la boca fresca y jugosa de la hija del llamado rey de Marte.

* * *

Un tiempo después, Adam Kinkaid no sabía cuánto, Teddy Murray apareció en el aposento en el que se habían instalado Suna y él. Ella dormía apoyada en el torso desnudo de Adam, satisfecha de placer, mientras él recordaba la increíble intensidad de los orgasmos femeninos, y analizaba la experiencia que había querido aceptar, con plena premeditación.

Pero sus reflexiones se vieron truncadas por la aparición de Teddy, que señaló hacia el exterior.

—Adam —susurró—, vienen a exterminarnos.

El periodista parpadeó. Eso fue todo. Suna se despertó, captó la presencia de Teddy y se sentó en el lecho de aire, para mirarle cómodamente. También parpadeó, captó el mensaje telepático del muchacho terrestre y miró velozmente a Adam.

—Tenemos que marcharnos inmediatamente, Adam.

—¿Tú también? No entiendo por qué, si vienen a exterminarnos a Teddy y a mí...

—No —dijo Teddy—. No lo has entendido, Adam, vienen a exterminar a todos los que permanezcamos en el corazón del planeta. Y también se proponen destruir todas las simientes, absolutamente todas.

—Pero ¿cómo han podido entrar aquí, en las grutas? ¿Cómo han podido introducir sus naves si todos los accesos están cerrados, protegidos,

vigilados? ¿Y cómo han entrado los yik?

—No, no, no —negó Teddy de nuevo—. No son los Aa quienes vienen hacia aquí dispuestos a terminar con todo signo de vida. Son los seres de las otras galaxias y planetas capturados con sus naves por Martio. Ya hace tiempo que están exigiendo ser liberados, y su paciencia se ha colmado al observar, una vez más, el trato diferente que reciben ellos y los terrestres. Así que han decidido exterminar a los kivos a fin de congraciarse con los Aa y conseguir de éstos la libertad cuando se hayan apoderado de todo el planeta.

Adam miró con los ojos muy abiertos a Suna.

—¿Qué podemos hacer? —exclamó.

—Escondernos hasta que llegue una de nuestras naves a recogernos. ¡Pronto, salgamos de aquí!

Desnudos todavía Suna y Adam, salieron corriendo en pos del ágil Teddy. Cuando aparecieron en la terraza, el joven telépata señaló en la distancia una polvareda roja.

—Vienen los ocupantes de más de cincuenta naves que llevan en Marte tanto tiempo que se han reproducido en varias generaciones. Desde mucho antes que nosotros desde la Tierra, esos seres fueron llegando a Marte... hace miles de años, Adam. Así que ahora son cientos de miles de seres.

—Pero ¿cómo esperan marcharse cientos de miles de seres en cincuenta naves? —exclamó Adam.

—Eso no lo sé.

—¿Suna? —miró Adam a la muchacha.

—No podrían marcharse —negó ella—. Y yo estoy percibiendo la idea de fondo que Teddy no ha percibido: ya no quieren marcharse, quieren quedarse en Marte. Se han aliado y reproducido entre ellos, entre los seres de las diferentes galaxias, y ahora quieren Marte para ellos, exterminándonos primero a los kivos y luego, cuando estén confiados, a los Aa y sus yik.

—Por todos los demonios...

—¡Y algunos están ya muy cerca!

Suna señaló hacia la extensión, por donde llegaban desplazándose unas formas que Adam no pudo distinguir bien durante unos segundos. Luego comenzó a distinguir los seres parecidos a gigantescas arañas negras y dotadas de varios pares de ojos, y el espanto le dejó paralizado. Detrás de las arañas, otros seres de remoto parecido con el cuerpo humano y de cuyos supuestos hombros pendían varias extremidades terminadas en uñas rojas. Por encima de las masas velludas de esos cuerpos aparecían ojos-antena de un azul increíble...

—¡Adam! —le sacudió Teddy—. ¡Adam, corre!

Miró al muchacho y asintió. Teddy echó a correr. Adam tomó de la mano a Suna y se lanzaron en pos del telépata. Una espeluznante jauría de arañas silenciosas y de seres velludos y con múltiples brazos con rojas uñas al final partió tras ellos, y unos cuantos comenzaron a describir un arco que cerraría el círculo en el que pretendían encerrar a la marciana y los dos terrestres.

La maniobra fue ejecutada con tal habilidad y rapidez que consiguieron su objetivo antes de que los fugitivos tuvieran tiempo de tomar sus medidas para evitarlo. En un instante se vieron rodeados de arañas, que tendían hacia ellos sus patas provistas de pinzas. Por detrás, al fondo, la polvareda de la proximidad del resto de extramarcianos se iba acercando y aumentando.

De repente, Adam Kinkaid comenzó a maldecir y se lanzó al ataque cegado por la furia. Sin más armas que sus brazos y piernas, comenzó a causar desde el principio auténticos estragos entre los extramarcianos. Y mientras golpeaba a diestro y siniestro arrancando cabezas, patas y brazos velludos, buscó con enloquecida mirada a Teddy, mientras le llamaba a gritos.

—¡Teddy, maldita sea tu estampa, ayúdame! ¡Teddy!

El último grito fue de incomprensión y de alarma, al ver al muchacho caído de rodillas, con las manos sujetándose las sienes, crispado el rostro por una espantosa mueca de dolor que transformaba de modo increíble sus bellas facciones. En el mismo instante en que captaba esa asombrosa escena, Suna retrocedía, separándose de Adam y cayendo también de rodillas, llevándose las manos a las sienes.

—¡Adam! —gritó—. ¡Adam, nos están enviando oleadas de dolor con la mente! ¡Su maldad es tal que...! ¡AaaaAAAaa...!

Suna de desplomó hacia delante, golpeándose en el rostro. Adam se abalanzó hacia ella, mientras Teddy seguía gritando, lanzando la furia de su dolor insoportable. Vagamente, Adam intuyó que él se estaba librando de ello precisamente por carecer de facultades de percepción telepática. Las ideas de maldad y de agresión de los extramarcianos no penetraban en él, y eso le estaba salvando de memento.

Dos arañas estaban ya sobre él y Suna, cuando se revolvió y le arrancó la cabeza a una, y acto seguido golpeó a otra, alejándola muerta en el acto. De nuevo la emprendió a puntapiés y puñetazos, manteniendo a los seres alejados de Suna y de Teddy, que finalmente también se había desvanecido. Ni se daba cuenta de que todo su cuerpo desnudo comenzaba a sangrar por diminutas heridas producidas por pinzas y uñas cuando, de repente, un rayo de luz roja destelló entre sus atacantes, y varios de éstos se desintegraron.

Demudado el rostro por la furia enloquecida, Adam se volvió a mirar la procedencia del disparo, y divisó a dos marcianos disparando sus pistolas. Más atrás, la nave de cuya llegada ni se había dado cuenta. Por encima, una nube de naves marcianas de

los kivos, evolucionando en el rojo resplandor de un techo que era, simplemente, la corteza del planeta Marte.

Unos pocos disparos más de los dos marcianos extinguieron las vidas de los restantes atacantes avanzados. Al dejar de funcionar sus mentes emitiendo odio y maldad, Suna y Teddy comenzaron a reaccionar, y Adam se abalanzó hacia la muchacha, mientras uno de los marcianos acudía a ayudar al joven terrestre.

—Tenemos que alejarnos de aquí —dijo el otro marciano—. Nuestras naves van a atacar con todo su poderío para aniquilar a los enemigos.

—¿Qué significa eso? —jadeó Adam, alzando a Suna—. ¿Que van a exterminar a todos?

—No nos queda otro remedio. Han estado reproduciéndose ocultando el odio que iban acumulando contra nosotros, y que ha desarrollado en ellos una maldad capaz incluso de matar. Se han propuesto exterminar todo signo de vida en

Marte que no sea el de ellos, quieren destruir nuestras simientes...

—¿Ha sido Vikerio quien ha ordenado el exterminio de esos seres?

—Vikerio ha muerto victima de ellos. Antes de llegar aquí han ocasionado muchos muertos y víctimas de todas clases, y daños en material científico, aprovisionamientos y todo nuestro sistema de supervivencia. O los exterminamos o ellos exterminarán el planeta Marte, y se quedarán en él viviendo sobre su cadáver.

No habían dejado de correr hacia la nave, Adam cargado con Suna, mientras el marciano iba deslizando la información. La nave despegó, y en pocos segundos pasó por encima de la silenciosa y espantosa masa de engendros habidos entre las mezclas genéticas de los diferentes representantes de varios planetas y galaxias desconocidas.

El marciano señaló hacia abajo, y Adam vio que, tras ellos, la llanura antes tan cuidada quedaba arrasada, adquiriendo rápidamente el suelo una coloración negra en sustitución del rojo suave. Cualquier esperanza de vida de cualquier clase en aquel lugar era sencillamente impensable.

—¿Qué demonios están esperando? —farfulló Adam—. ¡Unos seres dotados de esa maldad no tienen derecho a la vida!

—Vikerio ha muerto —dijo el marciano, mirando a Suna—. Ella está viva. ¿Apruebas nuestra decisión, Suna?

—Nunca dejaré que aniquilen Marte —susurró la reina de

Marte.

El marciano asintió, paró la orden y la nave se elevó mucho más.

Por debajo, el resto de naves de combate de los marcianos kivos inició un exterminio masivo de extramarcianos comparable ate exterminios de insectos por medio de la fumigación en las zonas de la Tierra destinadas a la agricultura. La elección era simple: o sobrevivía la plaga o sobrevivía el ser humano.

Los marcianos también actuaron conforme a esta reflexión.

CAPITULO VII

—Es posible que ya esté enterado. Con frecuencia, algunos Aa penetran en nuestras grutas y luego escapan con determinadas informaciones. Por eso tengo la casi seguridad de que Bonok ya sabe lo que ha ocurrido, y que si ataca a pie, enviando sus soldados por las grutas, nos vencerá. Recuerda que ellos son muchísimos más varones que nosotros.

—Sí. Y aquí hay millones de hembras que podrían ser un espléndido botín, entre otras cosas. ¿Recuerdas que me prometiste propiciar mi contacto con Bonok?

—No sé si será prudente en estas circunstancias. Si él te captura podría obligarte a facilitarle toda la información que le falte para saber con exactitud cuál es nuestra situación.

—Suna, tienes que permitirme ese contacto con Bonok. No sé cómo, pero espero convencerle de que cambie de actitud. No tiene sentido vuestro antagonismo.

—Te repito de nuevo que nosotros lo hemos intentado varias veces, y que él nunca ha querido escucharnos. Ni él a nosotros, ni sus ascendientes a los nuestros. Nunca.

—¡Eso no tiene sentido!

—Te facilitaré que te convenzas por ti mismo. Adam, las cosas se están normalizando, y yo... recuerdo con mucho agrado cuando tú y yo... Me gustaría... volver a hacerlo, quisiera... estar permanentemente contigo. ¿Me admitirás cuando vuelva a descansar a tu lado?

—Tú eres la reina, ¿no? —murmuró—. Eres quien da las órdenes.

—No quiero ordenarte eso. Eso lo deseo, no lo ordeno.

Me gustaría que tú también lo desearas, no que me obedecieras.

Adam se quedó mirando fijamente a Suna, cuya expresión era más y más bella a cada instante. Todavía no se había decidido el terrestre a responder cuando Daniel Abercrombie entró ruidosamente en la cámara-gruta, lanzando exclamaciones y dándose puñetazos con una mano en la otra.

—¡Adam, ya lo tengo, ya sé cómo...! Ah, lo siento.

—Pasa, Dan. ¿Qué ocurre?

—Nada... No es nada. Ya volveré.

—No hace falta —murmuró Suna—. Yo tengo algunas cosas que hacer. Seré yo quien vuelva más tarde.

Se quedó mirando fijamente a Abercrombie, pero éste se concentró de tal modo que veló su mente al sondeo de la marciana, que frunció el ceño y abandonó el lugar. Adam miraba intrigado a Daniel Abercrombie, que todavía tardó casi un minuto en reaccionar y sentarse junto aquél.

—¿A qué viene tanto misterio? —preguntó Adam.

—Creo que tenemos un buen triunfo, y quiero jugarlo a favor nuestro, no sólo de los kivos.

—Explícate.

—Como sabes, desde que llegamos he estado relacionándome con los científicos del planeta, que llevan generaciones estudiando posibles soluciones a sus problemas de todas clases. Sin embargo, parece que la solución a todos sus problemas es sólo una, que se mantiene constante: volver a la superficie. Pero si vuelven a la superficie allá están los Aa, y sobre todo los yik. Los Aa podrían ser vencidos, aunque no sé si en estos momentos, con la superioridad en naves de los kivos, pero los yik no hay modo de terminar con «ellos, pues se reproducen más cuantos más mueren. Bueno, eso es lo que ha estado sucediendo hasta ahora.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú sabes de qué se alimentan los yik?

-¿Yo? ¡Ni idea!

—Pues estás igual que los científicos marcianos —Abercrombie se frotó alegremente las manos—. No tienen ni puta idea al respecto. Sin embargo, es evidente que esos bicharracos deben alimentarse, ¿no?

—Supongo que sí. Claro.

—¿De qué pueden alimentarse? Porque ahí arriba no hay nada, Adam. Realmente, nada. No se trata de

que nosotros hayamos salido de la Tierra y estemos siendo más liste que la ciencia, es que realmente ahí arriba no hay nada que merezca el menor interés. Es un planeta quemado y estéril Todo lo que hay es lo que podríamos llamar tierra.

—¿Quieres decir que tos yik comen tierra marciana?

—Claro que no.

—Pues, ¿qué comen?

—A ver si lo adivinas.

—¿Cómo demonios voy a adivinarlo? Puedo adivinar, o mejor dicho, deducir, que te Aa se alimentan de te minerales que extraen de las tierras de grutas no habitadas por te kivos, tal como hacen éstos. Pero ¿cómo voy a saber qué comen unos bichos como esos... y en un lugar donde no hay nada que comer?

—¡Ya lo creo que hay algo que comer! —rió guturalmente Daniel.

—Maldita sea tu estampa, ¿quieres decírmelo de una vez? ¿Qué es lo que comen te malditos yik?

—Aa.

-¿Qué?

—Comen Aa.

Adam todavía tardó un segundo más en comprender. Entonces palideció intensamente, respingando.

—Pero ¡qué dices! —jadeó.

—Dime otra cosa. ¿Qué otra cosa pueden comer donde no hay nada?

—Pero... ¡esto es... es monstruoso y absurdo! Los Aa tienen domesticadas a esas bestias, nunca les permitirían que devorasen a te suyos. ¡Claro que no!

—Está bien —gruñó Abercrombie—. Dime qué otra cosa comen.

—No lo sé... ¡Maldita sea, no lo sé, pero no pueden comer Aa! ¡No puedo creerlo! Si yo fuese un Aa jamás lo consentiría. ¿Lo consentirías tú?

—Yo, no.—¿Y por qué supones que los Aa habrían de consentirlo?

—Yo no soy un Aa, querido Adam. ¿Por qué no se lo preguntas a uno de ellos?

—La madre que... ¿Cómo se te ha pálido ocurrir semejante cosa?

—Es una simple deducción. Tan simple, ten sencilla, que los grandes sabios de Marte no han pensado en ella ni por un instante. Pero, Adam, lo que es, es; esas bestias han de comer, y ahí arriba sólo timen Aa para comer.

Adam Kinkaid se pasó las manos por la cara.

—Supongamos que eso sea cierto. ¿En qué nos beneficiarla a nosotros? Espera, no me lo digas... ¡No me lo digas!

—Hasta luego —sonrió Abercrombie, poniéndose en pie—. Te dejo tranquilo para que vayas perfeccionando la idea. Mientras tanto, voy a decirles a Charly, Will y Teddy que empiecen a pensar en lo que necesitamos para reparar completamente la nave, y también las otras que llegaron de la Tierra. Lo que me pregunto es si nuestros amigos de la Tierra querrán volver allá.

—Claro que querrán volver todos. Estuve con ellos hace no sé cuánto, y todos están deseando volver.

—¿No es curioso? Allá nos pasamos el tiempo suspirando por poder dedicarnos sólo a los placeres de la vida]' llegamos aquí, nos ponen en ello, y tampoco estamos contentos. ¿Tú habrías admitido que trescientos terrestres protestaran porque toda su obligación consistiera en realizar el acto sexual con bellas marcianas? Y otra cosa, amiguito, ¿has pensado que cuando nos vayamos de aquí dejaremos qué sé yo cuántos miles de vástagos y de embriones terrestres? Imagínate trescientos hombres haciendo el amor a tope durante años, mar- cianita tras marcianita. ¿Puedes hacer un cálculo?

—No me calientes la cabeza, Dan!—Yo he hecho esos cálculos —murmuró Abercrombie—. Sin exagerar las posibilidades de cada hombre, considerando que todos son jóvenes y de capacidad física más que probada, y haciendo un promedio de estancia aquí de dos años, ya que unos llegaron bastante antes, pero otros después, digamos que cada terrestre ha hecho el amor, por promedio, unas setecientas veces al año, es decir, que cada uno ha podido engendrar unos mil cuatrocientos marcianos. Multiplica mil cuatrocientos por trescientos hombres. ¿Resultado?

—Cuatrocientos veinte mil -—murmuró Adam—. ¡Dios bendito!

—Eso no es nada. Dentro de veinte años, esos vástagos se reproducirán a su vez. Adam, vamos a ser primos los terrestres y los marcianos, ¿te das cuenta? ¡Para que luego nos proyecten viejas películas de monstruos de Marte! Oh, además te has equivocado de uno.

—¿De un qué?

—De un marciano. No has contado el hijo de Suna.

—¿Qué hijo? —se pasmó Adam.

—El de Suna y de alguien más —gruñó Daniel—, ¿Sabes de alguien que le haya podido hacer un hijo a esa preciosidad?

—Oh, no —gimió Adam, palideciendo.

—Muchacho, eres un caso. ¡Pero si eso lo saben hasta los yik, que Suna va a tener un hijo tuyo!

—¿Lo sabe Rachel?

—¿La supones más tonta que un yik?

—No. Claro que no.

—Bueno, ve pensando en resolver problemas, ¿quieres? —Abercrombie sonrió sarcásticamente—. Para algo eres el jefe de la expedición, amiguito. Y no te duermas pensando, porque si los Aa se enteran de cómo están las cosas por aquí abajo puedes dar por

seguro que tu hijo no nace. Hasta luego.

—Hasta luego —murmuró Adam.

Pocos minutos más tarde encontraba a Rachel Sanders en su aposento. La muchacha le miró serenamente, y dijo:

—Si buscas a Norma, está haciendo el amor por ahí con Orson.

—No, no busco a Norma Deberías saber perfectamente que con ella no sucedió nada importante, ni era mi intención que sucediera. Y al decir importante no me refiero, desde luego, al acto sexual.

—O sea, que para ti no es importante eso.

—Tal como lo habría hecho con Norma, para divertirnos ambos, no.

—Entiendo. Sí, eso ya lo había entendido..., y hasta creía que te había entendido a ti, y había decidido olvidarlo todo y vivir contigo por y con amor, no con imposiciones de sexo. Lo entiendo todo muy bien ahora, Adam. Pero... ¿debo entender también lo de Suna?

—He venido a ofrecerte un punto de vista inédito al respecto.

—¿Y esperas convencerme?

—Imagínate que todos los terrestres que estamos en Marte no podemos marcharnos nunca. ¿No sería conveniente para todos que el hijo de la reina fuese medio terrestre?

—¡Adam, no me digas que hiciste el amor con Suna con ese cálculo!

—Ni quiero mentirte a ti, ni quiero ser cruel con ella. No, no lo hice con ese cálculo, sino porque Suna me pareció un ser dulce que merecía tener aunque sólo fuese un poco, de amor del ser al que ella amaba, y la alegría de un hijo, si es que llegaba, que fuese de ese ser amado, en lugar de un hijo de cualquier marciano con el que se hubiera... apareado con conveniencias de descendencia. Si había de tener

un hijo, que fuese con el ser que amaba. Me pareció que ella merecía eso.

—Dios mío... ¡Dios mío, Adam, jamás lo habría visto de ese modo! ¡Jamás!

—Se me ocurre que quizá eso te haga ver en el futuro lo conveniente de observar las cosas, las personas y las situaciones bajo puntos de vista que no sean los tuyos. Digamos que los demás también tenemos sentimientos, opiniones y deseos.

—¿Tan terca y caprichosa soy?

—Se diría que vas aprendiendo. Mira, Rachel, un sexo se encuentra a cada paso; una persona con la que vivir y convivir ya no es tan fácil.

—¿Y me has estado poniendo a prueba para ver como... reaccionaba, cuál era mi grado de comprensión, evolución o inteligencia?

—Lo que significa que te he estado concediendo más importancia, tiempo y atenciones que tú a mí.

—¿Estás enfadado? —se mordió los labios la muchacha.

—Te lo diré a mi vuelta, si es que vuelvo. Porque si no vuelvo, ¿de qué me serviría estar enfadado?

—¿Adónde vas? -—palideció Rachel.

—A conferenciar con Bonok.

—¡No! ¡De ninguna manera! ¡No consentiré que...!

—¿Qué es lo que *no consentirás tú que haga yo*? —sonrió Adam.

—Adam, — no pretendía... No quería decir... ¡Te matará!

—Es una contingencia a tener en cuenta —admitió Adam Kinkaid.

* * *

Volvieron a encontrarse con Martio en una llanura, a la que el robot acudió de nuevo bajo el

imperativo de la llamada mental de su amigo el terrestre telépata.

En esta ocasión resultó evidente que los circuitos de Martio habían recibido autorizaciones concretas, pues no se mostró reacio a ninguna de las disposiciones que por medio de Teddy le transfirió Adam. Así pues, bajo la incesante e inalterable luz roja de la interminable llanura interior de Marte, el robot se puso en camino con enormes pasos, llevando en una grieta de una de sus enormes manos a los dos insólitos viajeros.

Vieron, en la distancia, algún que otro yik, aunque no parecían de los más grandes, y tal vez por eso desaparecieron rápidamente, dejando paso libre a Martio y sus «pasajeros». La sensación era nueva y en cierto modo jocosa para Murray y Adam. A cada paso Martio recorría un kilómetro aproximadamente, así que en cuestión de quince minutos había recorrido cerca de quinientos kilómetros de llanura.

Más yik, que aparecían y desaparecían velozmente, fueron presenciando el paso de su gigantesco enemigo. En algunos puntos aparecían seis o siete de estos horrendos bichos negros con ramalazos rojos. En un par de ocasiones el grupo era bastante numeroso, alrededor de los veinte, y una de las veces pareció que los yik se dispusieran a atacar, pero desistieron de ello.

Desde su atalaya de viaje, Adam y Teddy los velan en la distancia como manchas siniestras moviéndose en la roja llanura. Encima de ellos, siempre, la corteza de Marte, cuyo grosor era imposible de calcular. Lo mismo podía ser de un kilómetro que de cincuenta. Como fuera, había sido suficiente para mantener en secreto la existencia de vida en Marte, burlando todas las investigaciones procedentes de la Tierra.

—No lo entiendo —dijo finalmente Adam—. Estarna viendo yik en abundancia, y sin duda alguna

los Aa saben que estamos atravesando esta llanura. ¿Por que no nos atacan?

—Tal vez los yik estén esperando órdenes. Hasta ahora no hemos visto ningún Aa cabalgando sobre ellos.

—Lo que nos interesa es ver una nave, para que Martio la cace y llevárnosla adonde podamos dialogar con los prisioneros. ¿Por qué tampoco aparecen naves?

—Ya vienen —dijo de pronto Teddy.

—¿Vienen? ¿Por dónde?

—No lo sé, pero vienen. Vienen muchas naves, Adam. Tantas, que si deciden matarnos no será Martio quien pueda impedirlo. Es una concentración enorme de naves...—Ya sé lo que ha ocurrido —palideció Adam—, los Aa se han enterado, por medio de sus espías introducidos en te grutas, de la precaria situación de los Kivos, y han decidido realizar el último ataque. Por eso no nos molestan a nosotros, no quieren causar inquietud, ni dar ninguna señal de alarma, ni que veamos movimientos de yik, naves o Aa a pie o en otros medios de transporte no aéreo. Creen que nosotros somos vigilantes, que estamos espiando sus movimientos, y por eso no hacen nada. Pero van a atacar, se están reuniendo todos te Aa y sus yik, y van a lanzar un ataque en masa justo donde ya saben que está reunido el grueso de te kivos, y, posiblemente, a los lugares donde están las hembras

—O sea, la matanza final.

—Sí, me temo que eso es lo que están preparando. ¡Y ahí aparecen las primeras naves dispuestas a liquidarnos ya a nosotros!

CAPITULO VIII

Un grupo de naves Aa apareció en el horizonte, lanzando vivos destellos, y, en efecto, en perfecta formación, se lanzaron al ataque contra el gigantesco robot de los kivos. Protegidos dentro de un puño de Martio, Adam y Teddy vivieron las sensaciones más extraordinarias de su vida. Percibían movimientos veloces, y por entre la materia con que estaba construido Martio dan rumores desconocidos, que posiblemente eran rugidos de yik o impactos contra el cuerpo de la gigantesca maquinaria llamada Martio.

No sabían bien lo que estaba ocurriendo, pero se imaginaron al robot destrozando naves y yik a manotazos, desintegrando enemigos en el aire y aplastando a los enormes yik con sus desnudos pies increíbles.

Finalmente toda sensación de movimiento cesó y, de súbito, la luz roja regresó. Martio abrió la palma de su mano, y en ella vieron una nave Aa medio triturada y de la cual, en aquel momento, comenzaban a salir los ocupantes, algunos de ellos heridos, pero otros en perfectas condiciones físicas.

Y fueron éstos los que apenas ver a Adam y Teddy empuñaron sus armas de mano y les apuntaron.

—¡NO! —rogó mentalmente Teddy—. Queremos ver a Bonok. No venimos como enemigos, sólo queremos ver a Bonok.

Ajeno a este contacto, Adam sólo vio que los Aa que parecían dispuestos a pulverizarlos titubeaban, todos ellos pendientes de Teddy, que insistió en su propósito:

—Venimos en son de paz. Mi comandante, Adam Kinkaid, de la Tierra, quiere hacerle a Bonok una oferta beneficiosa para los Aa.

—¿Habéis traicionado a tos kivos? —legó la pregunta mental.

—No. Pero nuestra disposición hacia los Aa es

igualmente buena. Mi comandante, Adam Kinkaid, tiene soluciones para los Aa. Llevadnos ante Bonok, y él mismo os recompensará por ello.

Los Aa seguían titubeando. Aparecieron varios yik que insistieron en sus ataques al indestructible Martio, el cual los destrozó rápidamente, sin que los Aa intentaran intervenir en modo alguno. El combate fue breve, y al término del mismo, uno de los Aa envió este mensaje a Teddy:

—Comunicaremos a Bonok nuestra posición y vuestros deseos. Pero si él se niega a escucharos os mataremos, porque será señal de que no confía en vosotros.

—Maldita sea, Teddy —exclamó de pronto Adam —. ¿Puedo saber lo que está ocurriendo? ¿Has hecho contacto, qué esperan, qué dicen?

Teddy relató a Adam tos mensajes intercambiados, y éste asintió, reflexionó unos segundos, y finalmente dijo:

—Infórmales de que deben decirle a Bonok que yo puedo terminar con la esclavitud y la tristeza de los Aa.

—¿Esclavitud y tristeza? ¿A qué se refiere, Adam?

—Bonok lo entenderá. Y tú también, en cuanto dejes de estar pendiente de esos Aa y te dediques a hurgar en mi mente. Pásales esa información.

—De acuerdo.

El mensaje mental fue enviado. Algunos Aa regresaron al interior de la desvencijada nave, y desde allí se pusieron en contacto con Bonok, que al parecer se hallaba muy lejos. Sin embargo, apenas seis minutos más tarde la nave de Bonok aparecía en el horizonte, formando parte del enorme grupo que llenó la luz roja de puntos destellantes.

—Santo cielo —murmuró Teddy—. Es cierto, se han reunido todos, son como cien enjambres de abejas, Adam. Si no convence usted a Bonok, todos los que no seamos Aa o yik podemos darnos por

muertos en el planeta Marte. ¡Si usted está equivocado todos podemos darnos por muertos!

—Si Daniel no se ha equivocado, yo tampoco puedo equivocarme, Teddy; lo que es, es.

De la numerosísima formación que ahora formaban una gigantesca nube, que hacía reflejar cientos y miles de veces la roja luz, una de ellas se destacó y fue a posarse en la palma de la mano del ahora inmóvil Martio. El acceso a esa nave fue abierto, y seis soldados aparecieron.

—Bonok nos está esperando — murmuró Teddy.

—Recuerda lo que tienes que hacer, Teddy; servir de puente de comunicación entre él y yo. ¡Y por Dios, no cometas ningún fallo!

—Espero que no — tragó saliva el muchacho.

Fueron introducidos en la nave y llevados a presencia de Bonok, que estaba de pie en el centro de una gran sala en la que no había absolutamente nada. Sólo él, Bonok, rey de los Aa.

No podía ser otro, y Adam comprendió por qué tenía que reconocerlo en cuanto lo viera. Debía medir no menos de dos metros de estatura, su barba rubiorrojiza era hermosa y fiera, sus ojos oscuros inteligentes y vivos, sus facciones nobles, su frente admirable. Era casi un anciano incluso para los patrones de tiempo de Marte, por otra parte parecidos a los de la cercana Tierra. Pero un anciano impresionante y formidable.

La mirada de sus ojos cayó en seguida sobre Adam Kinkaid, y éste recibió de inmediato la pregunta por medio de Teddy:

—¿Qué sabes tú de nuestra esclavitud y nuestra tristeza, terrestre?

Adam entabló la conversación utilizando la mente de Teddy:

—Sé que Marte está siendo devorado como en la Tierra una manzana es devorada por los gusanos. ¿Entiendes el concepto?

—No.

—Permíteme explicártelo. En la Tierra hay unos frutos, entre muchísimos otros, llamados manzanas, que he escogido al azar. Algunos de esos frutos se pudren sin más, y se consumen. Otros, de apariencia sana, tienen en su interior, algunas veces, pequeños gusanos que nacen de la misma manzana y que terminan por devorarla. ¿Entiendes ahora el concepto?

—Sí.

—Ahora lo entiendes porque eso es lo que ha sucedido en Marte, ¿no es cierto? Marte, como cualquier planeta vivo, *es un ser vivo* que a su vez engendra vida. Y así, Marte engendró a los kivos, a los Aa.., y a los yik. Y los yik son los gusanos de la manzana aquí, en Marte. ¿No es cierto, Bonok? El planeta los creó, pero adquirieron lentamente una hiperatrofia, y desarrollaron una inteligencia que fue suficiente para agredir a los seres que más cerca tenían en ese momento de su evolución: los Aa. Y los agredieron de un modo en verdad inteligente, capturando a vuestras mujeres y a vuestros hijos, que desde entonces mantienen como rehén generación tras generación hace tanto tiempo que la situación está aceptada por casi *todos* los Aa. Sólo aquellos de mente privilegiada recuerdan ancestralmente la verdad de las relaciones entre los yik y los Aa Tú, y tus ascendientes, siempre habéis reinado entre los Aa, y os habéis negado a cualquier relación de paz con los kivos precisamente para obligarlos a permanecer en las grutas, fuera del alcance de los yik. Porque tú, Bonok, prefieres que tus hermanos kivos permanezcan tejo tierra, sin flora y sin aire cósmico, antes de permitir que los yik los atrapen como han atrapado a los Aa. ¿No es así?

—¿Cómo has podido saber todo esto?

—No hay nada para comer aquí para los yik, salvo los Aa. Vosotros coméis, os alimentáis, con

minerales del planeta, pero los yik se alimentan de vosotros. De modo que mientras mantienen una parte de la población Aa como rehenes, mantienen otra parte como elementos de subsistencia, obligándoles a reproducirse para que ellos puedan seguir alimentándose. Y así, al igual que nosotros hacemos en la Tierra con algunos animales, ellos a «permiten» que os reproduzcáis según sus propios planes que les permiten teneros dominados al retener a vuestras mujeres, disponer de vuestros soldados y devorar a los que son destinados ya rutinariamente desde hace millones de años. Y todo eso está en tu memoria ancestral, Bonok, y te crea tristeza y pesar por ti, por los Aa, por los kivos, y por todo el pobre planeta Marte, que finalmente morirá víctima de las criaturas que él mismo engendró. Así que te propongo que terminemos con esta situación de una vez por todas.

—Eso es imposible.

—No, si os unís los Aa y los kivos.

—Eso es lo que siempre he tratado de evitar, porque los yik los dominarían entonces también a ellos, en cuanto se confiaran. No. Prefiero simular como siempre un odio feroz hacia los kivos, y que al menos ellos, aunque sea en grutas, vivan y esperen el momento en que quizá desaparezcan los yik. Podemos matarnos unos a otros, pero parte de los seres nobles de Marte seguirán a salvo de los yik, y quizá algún día…

—Ese día ha llegado. Nunca tendréis otra oportunidad como ésta, Bonok. Yo puedo hacer que los kivos salgan a la llanura, todos, aparentemente para pelear contra vosotros en una última batalla desesperada. Y entonces, cuando todos estéis reunidos, unid vuestras fuerzas para exterminar a todos los yik.

—Si hacemos eso exterminarán a nuestros rehenes.

—Es cierto. Pero si no lo hacéis, igualmente un

día u otro devorarán a vuestros descendientes, y a los descendientes de vuestros descendientes, y así por la eternidad o hasta que Marte muera cuando ya no quede ningún Aa, ningún kivo y hasta ningún yik. Bonok, ahora o nunca. No pienses en ti, ni en tus esposas o hijos cautivos, ni en tu gente amada que conoces personalmente. Piensa en Marte y en los millones de marcianos que seguirán muriendo devorados por los yik, o en el regreso de toda la vida a Marte, con su flora, su atmósfera, su luz, su unión perdida hace millones de años entre Aa y kivos por culpa de los yik. Bonok, ahora o nunca.

Bonok mantenía la mirada tan fija en Adam que éste llegó a pensar que incluso podía atravesarlo con ella. El impresionante Aa, erguido, hermoso, altivo, se llevó una mano a la frente, y Teddy se tambaleó. Adam sujetó al muchacho, alarmado, y éste le miró con expresión alucinada, jadeando, con voz desconocida:

—Lo haremos... ahora, terrestre...

Teddy Murray perdió el conocimiento. Estaba lívido, parecía poco menos que muerto tras un esfuerzo sobrehumano. Sujetándolo, Adam miró a Bonok, que dijo algo y posiblemente le lanzó algún pensamiento; pero Adam no pudo recibir el mensaje de ninguna manera.

Y todavía estaba dudando si había entendido bien las palabras de Teddy cuando Bonok se plantó ante él y dijo:

—Sí... Sí, sí.

Tres minutos más tarde, Adam Kinkaid y Teddy Murray cabalgaban en Martio hacia el término de la llanura.

* * *

En la rudimentaria pero ya descollante

inteligencia de los yik no se produjo el destello revelador que habría salvado a su especie del exterminio total.

Aparecieron en la enorme llanura permitiendo, como siempre, que los Aa los cabalgaran, dando la sensación engañosa de que eran los seres dominantes y no los dominados. Aparecieron por cientos de miles, prácticamente dejando sólo los justos para seguir ejerciendo la vigilancia de control sobre los rehenes Aa. Sobre sus escamosos lomos negros horripilantes llevaban a sus víctimas.

Pero eran unas víctimas que tenían unas facultades mentales superiores, y que precisamente se habían cansado de ser víctimas. Bonok fue quien seleccionó personalmente entre los Aa los más altos mandos que debían afrontar las tremendas decisiones en las diferentes zonas donde, como represalia, los Aa rehenes serían exterminados. Se organizaron patrullas secretas con el fin de recuperar cuantos rehenes fuera posible, y al terminar la batalla se comprobaría que se había conseguido esto en un treinta por ciento.

Fue la cosa más horrenda que los seres de la Tierra habían visto jamás, y a la que asistieron instalados ante las grandes pantallas de una nave especial que recibía los informes de lo que sucedía en el campo de batalla.

De cuando en cuando en una de las pantallas aparecía Martio destrozando yik sin descanso, actuando como lo que era: una máquina. Una máquina que, finalmente, yacería destrozada ocupando una pequeña parcela de la enorme llanura.

La furia de los yik, que se manifestó especialmente cuando por fin comprendieron que los Aa y los kivos no se estaban matando entre ellos, sino que estaban matando yik en cantidades enormes, fue sencillamente espantosa. Se encontraron, de repente, solos en la llanura, bajo los ataques de las naves Aa y

kivos, y con un disparatado Martio cargando contra ellos y causando unos destrozos que llenaron el rojo ambiente luminoso de una nube de vapor de sangre negra de yik.

Una formación de naves kivos y Aa voló hacia cada uno de los puntos donde los yik mantenían a los rehenes bien custodiados, y los kivos, especialmente impresionados por el sufrimiento que finalmente habían estado experimentando los Aa durante millones de años, realizaron misiones de rescate absolutamente suicidas, introduciéndose con sus naves tras las patrullas especiales hacia los escondrijos donde los yik tenían todas las de ganar.

Bajo la llanura, en las grutas de los rehenes, en la propia llanura, se formaron ríos de sangre negra que arrastraban cientos de miles de cadáveres marcianos, y grandes trozos de yik descuartizados por los impactos de las descargas procedentes de las naves Aa y kivos.

Ante las pantallas que ofrecían las imágenes de sólo parte de estos hechos que ni siquiera estremecían la superficie del gigantesco planeta, los seres de la Tierra permanecieron inmóviles, mudos y pálidos, observando hasta que ya no pudieron resistir más, el brutal holocausto.

Finalmente, cuando creían que sus vidas eran una simple pesadilla de sueños, vigilias y visiones de cabezas de cobra y ríos de sangre, cuando los combates se sucedían desde hacía más de cien horas, llegó la noticia de que los últimos yik vivos habían escapado y que los Aa y los kivos así lo habían permitido, porque sabían que los yik irían al lugar secretísimo donde tenían sus huevos y las más diminutas crías. En este lugar, las armas marcianas terminarían para siempre con la pesadilla que el propio Marte había creado en sus entrañas..., igual que la hermosa manzana terrestre puede crear gusanos.

Y con la noticia del exterminio total de los yik llegó la noticia que llenó de pasmo a los kivos: Bonok se había quitado la vida. Había esperado a la victoria total, y luego, incapaz de soportar el dolor por la muerte de tantos y tantos Aa inmolados por los yik, se había desintegrado.

Suna quedó como reina de Marte, y cuando todavía la sangre negra de los yik se deslizaba por las llanuras, filtrándose hacia las más recónditas simas del planeta, una representación de los Aa se presentó ante ella, solicitando su unión con Kot, uno de los más nobles descendientes de Bonok.

La respuesta de Suna quedó escrita en la historia interna de Marte:

—No puedo unirme al noble Kot, porque siento amor por un terrestre del cual estoy esperando un hijo. Yo soy hija de Vikerio, y seré la reina de Marte. Pero reinaré sola, y a mi muerte será mi hijo, o mi hija, quien elija compañero o compañera entre los kivos. Si esto sucede antes, ellos reinarán mientras yo cuidaré de la flora de Marte.

* * *

En la Tierra, la noticia de que proseguía el programa «Nunca vayas a Marte», ahora desde la superficie del planeta rojo, fue tomada como una macabra broma, pues la nave del «chiflado periodista Adam Kinkaid» había sido dada tan por perdida como las anteriores.

Durante los días que duró el éxodo desde el interior del planeta a la superficie, el planeta Tierra vivió en interminable asombro, todos sus habitantes frente a los televisores donde se recibían las imágenes más asombrosas jamás vistas por ojos humanos. Por supuesto, no faltaron quienes dijeron que todo era un montaje publicitario, y otras muchas

versiones, pero todos los rumores terminaron cuando desde Marte despegaron las desaparecidas naves terrestres enviadas años antes y emprendieron el regreso al planeta azul.

La última nave lista para despegar, instalada en la rampa sita en la superficie roja de Marte, fue la de Adam Kinkaid, reparada como las otras por técnicos marcianos. El leve viento rojo que alzaba como un velo de sangre sobre el planeta ya casi no existía. Millones de marcianos Aa y kivos se extendían por toda la superficie sembrando las simientes. En alguna parte, pequeños tallos verdes, azules y blancos comenzaban a brotar de la roja tierra que parecía menos ardiente y menos hostil. Desde la Tierra se estaban enviando satélites de investigación, y los sistemas ópticos en funcionamiento emitían ya imágenes por medio de todos los televisores del planeta, mostrando la roja materia de Marte creando las flores blancas, verdes y rojas.

Cuando Adam Kinkaid, finalmente, al pie de la rampa de acceso a su nave, besó suavemente a Suna en la frente, alrededor de la plataforma de lanzamiento parecía extenderse toda una gigantesca, interminable alfombra de variado y bellísimo colorido.

—Adiós, Suna. Cuida bien de tu hijo.

—El sabrá quién es, y posiblemente muy pronto querrá visitarte.

—Mejor que no.

—¿No desearás ver a tu hijo?

—Si lo deseo, vendré —rió Adam Kinkaid—. Pero imagínate que él quisiera ir a la Tierra. ¿No tendrían también derecho a ir allá los hijos de los otros terrestres?

—Desde luego.

—Esa es la cuestión. Tal vez tú no lo entiendas, Suna, pero si nos envías allá quinientos mil marcianos... Bueno, claro que ya no estamos en el

siglo XX, pero las historias de marcianos no gustan mucho allá.

—¿Nos teméis?

Adam Kinkaid frunció el ceño, masculló algo y finalmente dijo:

—Dame un año de tiempo, y para entonces espero que en la Tierra hayan aceptado que no nos vais a invadir sólo porque vengáis… de turismo.

—No entiendo el concepto.

Adam Kinkaid se echó a reír. Luego besó a Suna brevemente en los labios, y repitió:

—Adiós, Suna.

ESTE ES EL FINAL

En el silencio del espacio, la pequeña nave surcaba la negrura estrellada rumbo a la Tierra.

Atrás, disminuyendo en la distancia, quedaba el planeta rojo, cuya luminosidad era diferente ahora. Sobre su superficie comenzaban a aparecer árboles hermosos que llegarían a alcanzar, en menos de cien años, una altura superior a los cincuenta metros.

—Hermoso en verdad —suspiró Daniel Abercrombie, ante la pantalla que les permitía a todos ir despidiéndose visual- mente de Marte—, pero a mí que me den la Tierra.

—¡Y a mí! —saltó Neverton.

—¡Cómo! —saltó Charly Delmare—. ¿No eras tú el que quería quedarse para siempre haciendo el amor en Marte?

—Bueno, eso era antes, pero ahora hay tantos marcianos que ya no triunfas.

—¡Eso ha estado muy bueno! —rió Teddy.

—Tú calla, espía —gruñó Neverton—. ¡Te aseguro que no voy contigo a ningún otro viaje! ¡Pues sí que es divertido que todo lo que pienso lo

sepas tú al instante!

—No pienses nada malo ni feo y asunto concluido.

—¡Yo puedo pensar lo que me dé la gana!

—Pues atente a las consecuencias.

Daniel Abercrombie bostezó ruidosamente, y se desperezó como si pretendiera descuartizarse por sí solo.

—Me doy cuenta ahora de que estoy muerto de cansancio, así que me voy a acostar, y pienso dormir un montón de horas. ¡O de días!

—Esa es una buena idea —dijo Neverton—. Yo también voy a dormir.

—¿Y quién pilotará la nave?

—El automático. No estamos en la Quinta Avenida, ¿sabes? Aquí pones los controles automáticos, y ¡hala!, vengan millas y millas sin que ocurra nada. Propongo que nos retiremos todos a descansar. Estamos en ruta, todo está previsto y programado, y francamente no creo que haya nada nuevo que ver ahí fuera.

—¿Estás seguro? —deslizó Abercrombie.

—Hombre... Seguro, seguro, lo que se dice seguro... ¡Maldición! ¿Cómo voy a estar seguro de semejante cosa? ¡Estamos en el *espacio*, no dentro de una caja vacía!

—Exacto, y en el espacio puede ocurrir cualquier cosa, ¿no?

—¿Qué demonios pretendes? ¿Amargarme la vida?

—Oye, sólo he dicho que en el espacio puede ocurrir cualquier cosa. ¿He dicho algo más?

—¡A la porra todos! ¡Está bien, me quedaré a los mandos, pero no voy a pasarme así veintitantos días, al que ya podéis decidir quién me va a relevar! ¡Y pronto!

—Oye, qué mala leche tienes —refunfuñó Charly —. Sólo se trata de no perder de vista el espacio por

si aparece algo nuevo.

—Al infierno con vosotros.

Will Neverton quedó solo en la sala de control. Y de pronto recordó que era la hora de la emisión de una de las secciones del programa «Nunca vayas a Marte» que se emitía para la Tierra. Sintonizó el sistema de a bordo, y oyó en seguida la voz de Norma Clayton:

—«...Regresando a la Tierra. Les comunicamos, entretanto, que los periodistas Norma Clayton y Adam Kinkaid han decidido unir sus vidas; ella con Orson Rice, él con Rachel Sanders. De manera que la emisión va a terminar por hoy. Les dejamos a todos ustedes con algo que fríamente podrán escuchar en su genuina versión: el silencio del espacio. Nosotros vamos a iniciar nuestra luna de miel, y nos despedimos de ustedes modificando un poco la habitual frase de despedida de este programa: Nunca vayas a Marte... con malas intenciones, pues allá todo es ahora concordia y amor. Amigos, les dejamos con el silencio del espacio.»

—El silencio del espacio, el silencio del espacio -farfulló Will Neverton, cerrando la recepción-. ¡Como si uno no estuviera ya harto del silencio del espacio! Y encima, esos cuatro, ¡hala!, venga a darle gusto al cuerpo, y yo aquí, mirando como un tonto esa interminable oscuridad, de la que puede surgir en cualquier momento cualquier cosa.

FIN


PUNTO ROJO
intriga...
ROJO
PUNTO
ROJO
misterio...
ROJO
suspense...
ROJO
acción...
ROJO